

Serie de Clásicos Cristianos



EL TESORO DE DAVID

Selecciones de los Salmos

CHARLES H. SPURGEON (1834-1892)

EL TESORO DE DAVID

Contenido

Salmo 1.....	3
Salmo 5.....	6
Salmo 19	12
Salmo 22	17
Salmo 51	21
Salmo 100	27
Salmo 103	29
Salmo 133	34
Salmo 138	37
Salmo 139	43

Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Treasury of David*. La obra original de Spurgeon se compone de 1436 páginas en siete tomos. Para cada uno de los 150 salmos ha escrito las siguientes secciones:

- exposición versículo por versículo
- una colección de extractos ilustrativos de toda la gama de literatura
- una serie de sugerencias homiléticas de casi cada versículo
- una lista de autores de cada salmo

En esta selección de salmos se ha incluido la sección expositiva.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Serie de Clásicos Cristianos.

© Copyright 2010 Chapel Library; Pensacola, Florida. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

Mundialmente: por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

Norteamérica: para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

Chapel Library
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org
www.mountzion.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

Publicaciones Faro de Gracia
COM-055 • 04831 DF
Mexico
055 5656-6355 • *www.farodegracia.org*

Editorial Peregrino
Apartado 19 • 13350 Moral De Calatrava (C. REAL)
España
0926 349 634 • *www.editorialperegrino.com*

EL TESORO DE DAVID

Salmo 1

TÍTULO. *Este salmo puede ser considerado EL SALMO PREFACIO, porque incluye una indicación del contenido de todo el libro. El anhelo del salmista es enseñarnos el camino a la bienaventuranza y advertirnos contra la destrucción segura de los pecadores. Este, pues, es el tema del primer salmo que puede ser apreciado, en algunos sentidos, como el texto sobre el cual la totalidad de los salmos constituyen un sermón divino.*

Versículo 1. *BIENAVENTURADO*—¡Notemos cómo este Libro de los Salmos comienza con una bendición, igual que el famoso Sermón de nuestro Señor en el Monte! La palabra traducida “bienaventurado” es... plural. Podríamos leerla: “¡Oh, las bendiciones!” Y podemos considerarla acertadamente como una exclamación de gozo de la felicidad del hombre lleno de gracia. ¡Ojalá que la misma bendición sea nuestra!

No anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado. Cuando los hombres viven en pecado van de mal en peor. Al principio sólo andan bajo la influencia de los indiferentes e impíos que olvidan a Dios. El mal es más bien práctico que habitual. Pero después de eso, se habitúan al mal y andan en camino de pecadores reconocidos que a sabiendas violan los mandamientos de Dios; y, si dejados a su propio criterio, van un paso más allá y llegan a ser ellos mismos maestros pestilentes y tentadores de otros. Y así es como se sientan en silla de escarnecedores. Han recibido su título en vicios, y se han instalado como verdaderos Doctores de Condenación, y son admirados por otros como Eruditos en Belial. Pero el hombre bienaventurado a quien pertenecen todas las bendiciones de Dios, no puede tener comunión fraternal con personajes como éstos. Se conserva puro de estos leprosos, se quita las cosas malas como ropas manchadas por la carne, se aparta de los impíos, sale de en medio de ellos cargando el reproche de Cristo. Ay que tuviéramos la gracia de estar así de separado de los pecadores.

Y ahora observe lo positivo de su carácter. *En la ley de Jehová está su delicia.* No está bajo la ley como una maldición o condenación, sino que está en ella y se deleita de estar en ella teniéndola como la regla de la vida. Además, se deleita en meditar en ella, leerla de día y meditar en ella de noche. Toma un texto y lo lleva con él todo el día, y en las

vigilias de la noche, cuando no puede dormir, cavila en la Palabra de Dios. En el día de su prosperidad canta salmos tomados de la Palabra de Dios, y en la noche de su aflicción se reconforta con las promesas de ese mismo libro. “La ley de Jehová” es el pan cotidiano del verdadero creyente. ¡Y esto a pesar de que en la época de David, cuán pequeño era el monto de inspiración, porque casi no tenían nada sino los primeros cinco libros de Moisés! ¡Entonces, cuánto más debemos nosotros valorar toda la Palabra de Dios escrita, la que gozamos del privilegio de tener en todas nuestras casas! Pero, ¡ay, que mal tratamos a este ángel del cielo! No todos somos bereanos escudriñadores de las Escrituras (Hech. 17:11). ¡Qué pocos entre nosotros pueden reclamar la bendición de este texto! Quizá algunos de ustedes pueden pretender tener derecho a una especie de pureza negativa, porque no andan en camino de pecadores, pero les pregunto: ¿Su deleite está en la ley de Dios? ¿Estudian la Palabra de Dios? ¿Lo tienen como el hombre de su mano derecha: su mejor compañero y guía diaria? Si no, esta bendición no les pertenece.

Versículo 3. *Será como árbol plantado*—no un árbol silvestre, sino “un árbol plantado”, escogido, considerado propiedad, cultivado y asegurado contra el último terrible desarraigo, porque “toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada” (Mat. 15:13). *Junto a corrientes de aguas* —de manera que aunque un río falle, tiene otro. Los ríos del perdón y los ríos de la gracia, los ríos de la promesa y los ríos de comunión con Cristo, son fuentes de agua que nunca fallan. *Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo* —ninguna gracia otorgada fuera de tiempo, como higos prematuros que nunca tienen el mejor sabor. En cambio, el hombre que se deleita en la Palabra Dios, siendo enseñado por ella, produce paciencia en el tiempo de sufrimiento, fe en el día de la prueba y gozo santo en la hora de prosperidad. Dar fruto es una cualidad esencial del hombre lleno de gracia, y ese fruto debe ser en su tiempo. *Y su hoja no cae*—Su palabra más débil será eterna, sus pequeñas obras de amor serán recordadas. No simplemente será preservado su fruto, sino también sus hojas. No perderá su hermosura ni su fruto. *Y todo lo que hace, prosperará.* Bienaventurado es el hombre que tiene una promesa como esta. Pero no siempre hemos de estimar el cumplimiento de una promesa por nuestra propia percepción. Mis hermanos, si juzgamos con frecuencia con nuestros débiles sentidos, llegaremos a la misma conclusión dolorosa de Jacob: “Contra mí son todas estas cosas” (Gén. 42:36), porque aunque conocemos nuestro interés en la promesa, estamos tan atormentados y atribulados que nuestra vista percibe exactamente lo opuesto a lo que la promesa predice. Pero para el ojo de la fe esta palabra es segura, y por ella percibimos que nuestras obras prosperan, aun cuando todo parece estar en contra de nosotros. No es la prosperidad externa lo que el cristiano más anhela y valora, lo que anhela es la prosperidad del alma... con frecuencia es por la salud del alma que somos pobres, estamos afligidos y somos perseguidos. Nuestras peores cosas son con frecuencia las mejores. Así como hay una maldición envuelta en las caridades del hombre impío, hay una bendición escondida en las cruces, pérdidas y aflicciones del hombre justo. Las pruebas del santo son cultivos divinos, por los cuales da crecimiento y produce fruto abundante.

Versículo 4. *No así los malos.* Hemos llegado al segundo encabezamiento del salmo. Este versículo usa el contraste del estado lamentoso del malo para darle más matiz a esa figura bella y placentera que lo precede. La traducción más contundente de las versiones bíblicas Vulgata y Septuaginta es: “No así los malos, no así”. Por lo que hemos de entender que lo bueno que se dijo de los justos no es cierto en el caso del impío. ¡Oh, qué terrible es tener incluido un negativo doble en las promesas! Y sin embargo, ésta es justamente la condición de los malos. Tomemos nota del uso del término “malo”, porque, como hemos visto al principio del salmo, estos son los que dan sus primeros pasos en la maldad, y son los menos ofensivos de los pecadores. ¡Oh! Si tal es el triste estado de los que silenciosamente siguen en su propia moralidad y descuidan a su Dios, ¿cómo será la condición de los pecadores manifiestos y los infieles desvergonzados? La primera frase es una descripción negativa de los malos, y la segunda es una figura positiva. Éste es su carácter —*son como el tamo*, intrínsecamente inútiles, muertos, inservibles, sin sustancia y arrastrados fácilmente. Aquí también notamos su condenación —*los arrebató el viento*. La muerte los apresurará con su terrible ráfaga al fuego en que serán totalmente consumidos.

Versículo 5. *Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio.* Comparecerán en el juicio, pero no para ser absueltos. Allí los dominará el temor, no podrán mantenerse, no podrán huir, no podrán defenderse porque serán avergonzados y cubiertos de desprecio eterno.

Bien pueden los santos anhelar el cielo, porque no habrá ningún malo allí: *Ni los pecadores en la congregación de los justos*. Todas nuestras congregaciones en la tierra son mixtas. Cada iglesia tiene en ella un diablo. La cizaña crece en los mismos surcos que el trigo. No hay suelo que haya sido purgado enteramente del tamo. Los pecadores se mezclan con los santos, así como la escoria se mezcla con el oro. Los preciosos diamantes de Dios todavía yacen en el mismo terreno con los guijarros. Los justos como Lot en este lado del cielo son continuamente irritados por los hombres de Sodoma. Regocijémonos, entonces, que en “la congregación de los primogénitos” (Heb. 12:23) no será admitida ni un alma no renovada. Los pecadores no pueden vivir en el cielo. Estarían fuera de su elemento. Sería más fácil que un pez viviera en un árbol que un malo en el Paraíso. El cielo sería un infierno intolerable para el hombre impenitente, aun si se le permitiera entrar, pero el hombre que persevera en sus iniquidades nunca recibirá semejante privilegio. ¡Quiera Dios que tengamos un nombre y un lugar en su corte celestial!

Versículo 6. *Porque Jehová conoce el camino de los justos.* O como el hebreo lo dice más plenamente: “El Señor es conocedor del camino de los justos”. Está mirando constantemente su camino, y aunque con frecuencia puede ser brumoso y oscuro, el Señor lo sabe. Si está cubierto de las nubes y la tempestad de la aflicción, él lo comprende. Él cuenta nuestros cabellos; no dejará que ningún mal nos acontezca. “Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro” (Job 23:10). *Mas la senda de los malos perecerá.* No sólo perecerán ellos mismos, sino que también perecerán sus caminos. El justo talla su nombre en la roca, pero el malo lo escribe en la arena. El justo

abre surcos en la tierra y levanta una cosecha aquí, que nunca acabará de ser cosechada del todo hasta que entre en los deleites de la eternidad. Pero en cuanto al malo, abre surcos en el mar, y aunque parezca dejar una estela brillante detrás de su quilla, las olas pasarán sobre ella, y el lugar por donde pasó será borrado para siempre. El “camino” mismo del mal perecerá. Si acaso queda en el recuerdo, será un recuerdo de lo malo, porque el Señor causará que se pudra el nombre del malo, será un hedor al olfato de los buenos y será conocido por los malos mismos por su putrefacción.

¡Quiera el Señor limpiar nuestros corazones y nuestros caminos, que podamos escapar de la muerte del mal y disfrutar de las bendiciones del justo!

Salmo 5

TEMA. *Habrán notado a lo largo del primer, segundo, tercer y cuarto salmo que el tema es un contraste entre la posición, el carácter y las perspectivas para el justo y para el malo. En este salmo notarán lo mismo. El salmista desarrolla un contraste entre él mismo que ha sido hecho justo por la gracia de Dios, y los malos que estaban contra él. Para la mente devota se presenta aquí una imagen hermosa del Señor Jesús, de quien se dice que en los días de su carne ofrecía oraciones y súplicas con fuerte llanto y lágrimas.*

Versículo 1. *Escucha, oh Jehová, mis palabras. Considera mi gemir.* Hay dos tipos de oraciones: las que se expresan con palabras, y los anhelos callados de las meditaciones silenciosas. Las palabras no son la esencia sino el ropaje de la oración. Moisés frente al Mar Rojo clamó a Dios, aunque nada dijo. Sin embargo, el uso del lenguaje puede impedir que la mente se distraiga, puede ayudar a los poderes del alma y puede despertar la devoción. Vemos que David hace uso de ambos tipos de oraciones, y anhela para el primero ser escuchado y para el segundo ser considerado.

Considera mi gemir. ¡Qué frase tan expresiva! Si he pedido lo que es correcto, concédemelo; si he omitido pedir lo que más necesito, llena el vacío en mi oración. Haz que tu alma santa lo considere como presentado por medio del Mediador de toda gloria: luego, Señor, examínalo en tu sabiduría, pésalo en balanza, juzga tú mi sinceridad y el verdadero estado de mis necesidades ¡y respóndeme a tu tiempo según tu misericordia! Puede haber una intercesión donde no hay palabras y puede haber palabras que no son verdaderamente súplicas. Cultivemos el espíritu de oración que es aún mejor que el hábito de orar. A veces parece que hay oración donde hay poca devoción. Debemos comenzar a orar antes de arrodillarnos, y no debemos dejar de hacerlo cuando nos ponemos de pie.

Versículo 2. *La voz de mi clamor.* En otro salmo encontramos la expresión “La voz de mi llanto”. ¡El llanto tiene voz: un tono suave, melancólico, una estridencia que llega

al corazón mismo de Dios! Y el clamor tiene una voz: una elocuencia que conmueve el alma; y al brotar de nuestro corazón llega al corazón de Dios! ¡Ah! mis hermanos y hermanas, a veces no podemos ponerle palabras a nuestras oraciones. No son más que un clamor, pero el Señor puede comprender su significado porque oye la voz de nuestro clamor. Para un padre amante, el clamor de sus hijos es música, y tiene una influencia mágica que su corazón no puede resistir. *Rey mío y Dios mío*. Observemos con cuidado estos pequeños pronombres posesivos: “Rey mío y Dios mío”. Son la médula y el tuétano de la plegaria. He aquí un gran argumento de por qué Dios debe contestar la oración: porque es nuestro Rey y nuestro Dios. No somos extraños para él: él es el Rey de nuestra nación. Se espera que los reyes escuchen las peticiones de su propio pueblo. No somos desconocidos para él; somos sus adoradores y él es nuestro Dios: nuestro por medio de un pacto, una promesa, un juramento y por sangre.

Porque a ti oraré. Aquí expresa David su declaración de que buscará a Dios, y sólo a Dios. Dios tiene que ser el único objeto de adoración, el único recurso de nuestra alma en los tiempos de necesidad. Dejen las cisternas rotas a los impíos, y dejen que los santos beban únicamente de la fuente divina. *A ti oraré*. El salmista toma una resolución: que mientras viva orará. Nunca dejará de suplicar, aunque la respuesta no llegue.

Versículo 3. Fíjense que no es tanto una oración como una declaración: *oirás mi voz*, no permaneceré mudo, no guardaré silencio, no reprimiré mis palabras, clamaré a ti porque el fuego que arde en mí me impulsa a orar. Preferimos morir a vivir sin orar. Ningún hijo de Dios es poseído por un diablo mudo.

De mañana. Este es el mejor momento para conversar con Dios. Una hora en la mañana vale por dos en la noche. Mientras el rocío está sobre el pasto, que descienda la gracia sobre el alma. Demos a Dios la mañana de nuestros días y la mañana de nuestra vida. La oración debe ser la llave que abre el día y la llave que cierra la noche. El compromiso debe ser tanto la estrella de la mañana como la estrella de la noche.

Si meramente leemos la versión en nuestro idioma no captamos el rico contenido de las palabras en hebreo, su idioma original. *Me presentaré delante de ti*. Es la palabra que se usaba para indicar colocar en orden la leña y los trozos de la víctima en el altar, y se usaba también para indicar la puesta del pan sin levadura en la mesa. Significa sencillamente esto: “Colocaré en orden delante de ti mi oración”, la colocaré sobre el altar en la mañana, tal como el sacerdote coloca en orden el sacrificio matutino. Colocaré en orden mi oración, o, como dijera alguien: “Organizaré mis oraciones”, las pondré en orden, y las colocaré en los lugares apropiados a fin de poder orar con todas mis fuerzas y hacerlo de un modo aceptable.

Y esperaré. Esperaré la respuesta, después de que he orado, esperaré que llegue la bendición. Es una palabra usada en otro lugar donde leemos acerca de los que esperan la mañana. ¡De la misma manera, esperaré tu respuesta, mi Señor! Extenderé mi oración como la víctima sobre el altar, y miraré hacia lo alto, y esperaré recibir la respuesta como fuego del cielo para consumir el sacrificio.

La última parte de este versículo sugiere dos preguntas. ¿No es cierto que nos perdemos gran parte de la dulzura y la eficacia de la oración por falta de una meditación

cuidadosa previa y de esperanzada expectativa después de ella? Con demasiada frecuencia nos apuramos por ir a la presencia de Dios sin ninguna reflexión previa y sin humildad. Somos como los hombres que se presentan ante un rey sin una petición, entonces, ¿por qué nos sorprende que muchas veces nos perdemos la respuesta a la oración? Tenemos que tener cuidado de siempre mantener fluyendo la corriente de la meditación, porque ésta es el agua que hace andar el molino de la oración. Es inútil abrir las compuertas de un río seco, y luego esperar ver que gire la rueda del molino. La oración sin fervor es como ir de caza con un perro muerto, y la oración sin preparación es cazar con un halcón ciego. La oración es la obra del Espíritu Santo, pero él obra por medios. Dios hizo al hombre, pero usó el polvo de la tierra como el material. El Espíritu Santo es el autor de la oración pero usa los pensamientos del alma ferviente como el oro con el cual diseñar el recipiente. No dejemos que nuestras oraciones y alabanzas sean las chispas de una mente caliente y precipitada, sino la llama constante de un fuego bien encendido.

Pero, además, ¿no es cierto que nos olvidamos de esperar el resultado de nuestras súplicas? Somos como el avestruz, que pone sus huevos y no se ocupa de su cría. Plantamos la semilla, pero somos demasiado perezosos para buscar una cosecha. ¿Cómo podemos esperar que el Señor abra las ventanas de su gracia y derrame sobre nosotros una bendición, si no abrimos las ventanas de la expectativa y esperamos el favor prometido? Hagamos que la preparación santa vaya de la mano con la expectativa paciente, y obtendremos respuestas mucho más grandes a nuestras oraciones.

Versículo 4. *Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; El malo no habitará junto a ti.* Y ahora, habiendo el salmista expresado su determinación de orar, lo escuchamos elevando su oración. Ruega contra sus enemigos crueles y malvados. Usa un argumento muy poderoso. Le ruega a Dios que los aparte de él, porque no han agradado a Dios. “Cuando oro contra mis tentadores”, dice David, “oro contra las cosas que precisamente tú aborreces”. Tú aborreces la maldad: ¡Señor, te ruego que me libres de ella!

Aprendamos aquí la verdad solemne del aborrecimiento que un Dios justo debe tener al pecado. No se agrada de la maldad, a pesar de lo ingeniosa, grandiosa u orgullosamente se presente. Su brillo no tiene para él ningún atractivo. Los hombres pueden inclinarse ante una villanía exitosa, y olvidar la maldad de la batalla en lo espectacular del triunfo, pero el Dios de Santidad no es como nosotros. *El malo no habitará junto a ti.* No le dará ni el más mínimo refugio. Ni en la tierra ni el cielo compartirá el mal la mansión de Dios. ¡Ay, que necios somos si intentamos atender a dos visitas tan hostiles entre sí como lo son Cristo Jesús y el diablo! Demos por seguro que Cristo no vivirá en la sala de nuestro corazón si atendemos al diablo en el sótano de nuestros pensamientos.

Versículo 5. *Los insensatos no estarán delante de tus ojos.* Los pecadores son insensatos en mayúscula. Un pecadito es una gran insensatez, y la más grande de todas las insensateces es un gran pecado. Los reyes terrenales solían incluir a bufones entre sus séquitos, pero el Dios único y sabio no tolerará a ningún bufón en su palacio celestial. *Aborreces a todos los que hacen iniquidad.* No es meramente un poco de

antipatía, sino un aborrecimiento total el que Dios siente por los que hacen iniquidad. Ser aborrecido por Dios es cosa terrible. ¡Seamos muy fieles en advertir a los malos a nuestro alrededor, porque será para ellos una cosa terrible caer en las manos de un Dios airado!

Versículo 6. Observemos que los que hablan vilezas tienen que ser castigados tanto como los que hacen iniquidad, porque *destruirás a los que hablan mentira*. Todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre. El hombre puede mentir sin temerle a la ley del hombre, pero no puede escapar de la ley de Dios. Los mentirosos tienen alas cortas, pronto acabará su vuelo y caerán en el torrente ardiente de la destrucción. *Al hombre sanguinario y engañador abominará Jehová*. Los hombres sanguinarios se emborracharán con su propia sangre, y los que engañan a otros terminarán siendo engañados. Nuestro viejo proverbio dice: “Los hombres sanguinarios y engañadores se cavan su propia fosa”. La voz del pueblo es en este caso la voz de Dios. ¡Qué fuerte es la palabra aborrecer! ¿No es cierto que nos muestra cuán fuerte y profundo es el aborrecimiento de Dios contra los obreros de iniquidad?

Versículo 7. Con este versículo finaliza la primera parte del salmo. El salmista se ha arrodillado en oración; ha descrito ante Dios, como un argumento para ser librado, el carácter y el destino del malo; y ahora contrasta esto con la condición del justo. *Mas yo por la abundancia de tu misericordia entraré en tu casa*. No me quedaré afuera, entraré en tu santuario tal como un niño entra en la casa de su padre. Pero no lo haré por mis propios méritos; no, tengo una multitud de pecados y por lo tanto entraré por la multitud de tus misericordias. Me acercaré a ti con confianza por tu gracia inconmensurable. Todos los juicios de Dios han sido contados, pero sus misericordias son innumerables; él da su ira por medida, pero sin medida su misericordia. *Adoraré hacia tu santo templo en tu temor*: hacia el templo de tu santidad. El templo terrenal no había sido construido en esa época, no era más que un tabernáculo, pero David anhelaba fijar su mirada espiritual en aquel templo de la santidad de Dios donde, entre las alas del querubín, Jehová mora en una luz inefable. Daniel abrió su ventana hacia Jerusalén, pero nosotros abrimos nuestro corazón hacia el cielo.

Versículo 8. Ahora llegamos a la segunda parte donde el salmista repite sus argumentos, cubriendo nuevamente los mismos temas. *Guíame, Jehová*, tal como un pequeñito es guiado por su padre, como un ciego es guiado por su amigo. Es un caminar seguro y placentero cuando Dios nos guía. *En tu justicia*, no en mi propia justicia porque ésta es imperfecta, sino la tuya porque tú eres la justicia misma. *Endereza delante de mí tu camino*, no el mío. Hermanos, cuando hemos aprendido a renunciar a nuestro propio camino y anhelamos andar en el camino de Dios, es una feliz señal de gracia; no es una misericordia nada pequeña ver el camino de Dios claramente frente a nosotros. Los errores relacionados con nuestro deber nos pueden llevar a un mar de pecados antes de que sepamos dónde estamos.

Versículo 9. Esta descripción del hombre depravado fue copiada por el apóstol Pablo, y junto con algunas otras citas, la colocó en el segundo capítulo de Romanos como una descripción exacta de toda la raza humana, no de los enemigos de David únicamente,

sino de todos los hombres por naturaleza. *Porque en la boca de ellos no hay sinceridad.* O, podríamos decir: “Tienen una lengua de la cual se deslizan alabanzas, tienen mucha labia”. La mucha labia es una gran maldad, muchos se dejan engañar por ella. Hay muchos osos hormigueros humanos quienes con sus largas lenguas cubiertas de elogios tientan y atrapan al desprevenido para su propio beneficio. Cuando el lobo lame al cordero se está preparando para mojar sus dientes en su sangre. Tomemos nota de una comparación extraordinaria: *Sepulcro abierto es su garganta*, un sepulcro lleno de repugnancia... pestilencia y muerte. Pero peor que esto, es un *sepulcro abierto*, con todos sus gases fétidos que suben para extender muerte y destrucción a su alrededor. Entonces, en cuanto a la garganta del malo, sería una gran misericordia si pudiera estar siempre cerrada. Si pudiéramos sellar la boca del malo de modo que esté siempre en silencio sería como un sepulcro cerrado, no haría mucho daño. Pero, *sepulcro abierto es su garganta*, en consecuencia, exhala y desparrama toda la perversidad de su corazón. Qué peligroso es un sepulcro abierto, en su andar, el hombre puede dar un traspie y caer en él, para encontrarse entre los muertos. ¡Ay! Cuídense del hombre malo, porque no hay cosa que no diga para arruinarlos; anhela destruir su carácter y enterrarlos en el repugnante sepulcro de su propia garganta malvada. Pero inyectemos aquí un pensamiento dulce. En la resurrección habrá una resurrección no sólo de los cuerpos, sino del carácter. Esto es un gran consuelo para el hombre que ha sido maltratado y calumniado. “Entonces los justos resplandecerán como el sol” (Mat. 13:43). El mundo puede creernos viles y arruinar nuestro carácter, pero si hemos sido rectos, en la resurrección, este sepulcro abierto que es la garganta del pecado será obligado a presentar nuestro carácter celestial, y apareceremos y seremos honrados por los hombres.

Versículo 10. *Contra ti:* no contra mí. Si fueran mis enemigos los perdonaría, pero no puedo perdonar a los tuyos. Debemos perdonar a nuestros enemigos, pero no tenemos en nosotros el poder de perdonar a los enemigos de Dios. Estas expresiones han sido consideradas crueles y ofensivas al oído de personas sensibles. “¡Ay!” dicen, “son rencorosas y vengativas”. Recordemos que pueden ser traducidas como profecías, no como deseos, pero no queremos valernos de esta manera de escapar. Nunca hemos oído de ningún lector de la Biblia que, después de leer estos pasajes, se haya vuelto vengativo por haberlos leído, y es justo examinar la naturaleza de un escrito a la luz de sus efectos. Cuando oímos a un juez condenar a un asesino, por más severa que sea su sentencia, no sentimos que eso nos da derecho ni justificación para condenar a otro por algún daño particular que nos haya hecho. Aquí el salmista habla como un juez, habla como el vocero de Dios, y al condenar al impío no por eso es excusa alguna para decir nada que sea una maldición sobre los que nos han ofendido. La manera más vergonzosa de maldecir a otro es pretender que lo bendecimos... los bendecimos de palabra pero en realidad los maldecimos. Ahora bien, como un contraste directo presentamos esta denuncia sana de David, que tiene la intención de ser una bendición al advertir al pecador sobre la inminente maldición. ¡Hombre impenitente, tienes que saber que todos tus amigos consagrados darán su aprobación solemne a la sentencia terrible que el Señor

pronunciará contra ti en el día del juicio! Nuestro veredicto aplaudirá la maldición condenatoria que el Juez de toda la tierra emitirá estruendosamente contra los impíos.

En el versículo siguiente encontramos una vez más el contraste que ha caracterizado a los salmos anteriores.

Versículo 11. *Pero alégrense todos los que en ti confían.* La alegría es el privilegio del creyente. Cuando los pecadores sean destruidos, nuestra alegría será total. Primero ellos ríen pero después llorarán para siempre. Nosotros lloramos ahora, pero nos alegraremos eternamente. Cuando ellos griten de dolor, nosotros gritaremos de gozo, y así como ellos gemirán para siempre, nosotros gritaremos de alegría para siempre. Esta felicidad santa y absoluta nuestra tiene un fundamento firme, porque, Oh Señor, nos gozamos en ti. El Dios eterno es la fuente de nuestra felicidad. Amamos a Dios, y por ello, nos deleitamos en él. Nuestro corazón está tranquilo en nuestro Dios. Comemos abundantemente todos los días porque nos alimentamos de él. Tenemos música en la casa, música en el corazón y música en el cielo porque el Señor Jehová es nuestra fortaleza y nuestro canto, y también ha llegado a ser nuestra salvación.

Versículo 12. Jehová ha designado a su pueblo para ser herederos de la bendición, y nada les quitará su herencia. Con toda la plenitud de su poder los bendecirá, y todos sus atributos se unirán para saciarlos de contentamiento divino. Y no es esto meramente para el presente, sino que la bendición se extiende al largo y desconocido futuro. *Tú, oh Jehová, bendecirás al justo.* Esta es una promesa de duración infinita, de alcance sin límites, y de un valor indecible. En cuanto a la defensa que el creyente necesita en este campo de batalla, ésta le es prometida sin límite. En la antigüedad había escudos tan grandes como el cuerpo entero del hombre, que lo rodeaba completamente. Del mismo modo, dice David, *como con un escudo lo rodearás de tu favor...* Aquí también está la idea de ser coronado, de modo que usamos un yelmo real, que es nuestra gloria y a la vez nuestra defensa. ¡Oh Señor, danos por tu gracia esta coronación!

Salmo 19

(Versículos seleccionados)

TEMA. *Mientras cuidaba las ovejas de su padre en sus primeros años, el salmista David se había dedicado al estudio de dos grandes libros de Dios: la naturaleza y las Escrituras, y se había empapado tanto del espíritu de los dos únicos tomos en su biblioteca que podía, con crítica devota, compararlos y contrastarlos, magnificando la excelencia del Autor que veía en ambos. Qué necios e impíos son los que en lugar de aceptar estos dos tomos sagrados, y deleitarse en ver la misma mano divina en cada uno, dedican toda su capacidad a tratar de encontrar discrepancias y contradicciones. Podemos estar seguros de que los verdaderos “Vestigios de la creación” nunca contradecirán a Génesis, ni tampoco un “Cosmos” correcto jamás discrepará con la narración de Moisés. Sabio es el que lee el libro-del-universo y el libro-de-la-Palabra como dos tomos de una misma obra, y considera que: “Mi Padre escribió los dos”.*

Versículo 1. *Los cielos cuentan la gloria de Dios.* El libro de la naturaleza tiene tres hojas: el cielo, la tierra y el mar, de los cuales el cielo es la primera y más gloriosa, y con su ayuda podemos ver la belleza de las otras dos. Cualquier libro sin su primera página sería tristemente imperfecto, y especialmente la gran “Biblia natural”, ya que sus primeras páginas: el sol, la luna y las estrellas arrojan luz sobre el resto del tomo y son, por lo tanto, las llaves sin las cuales el resto de lo escrito sería oscuro y desconocido. El que el hombre caminara erecto fue evidentemente para escudriñar los cielos; y el que comienza a leer la creación estudiando las estrellas, comienza el libro en el lugar acertado.

“Los cielos” está en plural por su variedad. Están los cielos acuosos con sus nubes de formas innumerables, los cielos aéreos con sus calmas y tempestades, los cielos solares con todas las glorias del día y los cielos estrellados con todas las maravillas de la noche. Lo que será el Cielo de los cielos no ha penetrado el corazón del hombre, pero allí lo principal de todo es que éstos cuentan la gloria de Dios. Cualquier parte de la creación tiene en sí más conocimiento para impartir que la mente humana jamás abarcará. De la misma manera, el campo espiritual es peculiarmente rico en sabiduría espiritual.

Los cielos cuentan, o están contando, porque el verbo usado sugiere la continuidad de su testimonio. En cada momento la existencia, el poder, la sabiduría y la bondad de Dios son anunciados por los heraldos celestiales que brillan sobre nosotros desde el cielo. El que quiere percibir la sublimidad divina tiene que fijar su vista en la bóveda estrellada. El que quiere imaginar lo infinito tiene que escudriñar la expansión sin límites. El que quiere aprender de la fidelidad divina tiene que marcar la regularidad de

los movimientos planetarios, y el que quiere tener algún concepto del poder, la grandeza y la majestad divina, tiene que considerar las fuerzas magnéticas, la magnitud de las estrellas siempre en su lugar y la luminosidad de todo el séquito celestial. No es meramente gloria lo que cuentan los cielos, sino la *gloria de Dios*, porque nos dan argumentos contundentes de un Creador consciente, inteligente, planeador, controlador y que gobierna, que nadie exento de prejuicios puede dejar de convencerse al considerarlos. El testimonio que dan los cielos no es meramente una insinuación, sino una declaración clara e inequívoca; y es una declaración del tipo más constante y permanente. A pesar de todo esto, ¿de qué sirve la declaración más sonora al sordo, o el cuadro más obvio al que está ciego espiritualmente? Dios el Espíritu Santo tiene que iluminarnos, de otro modo todos los soles de la vía láctea nunca lo harán.

Y el firmamento anuncia la obra de sus manos. La expansión está llena de las obras de las manos hábiles y creadoras del Señor. Se le atribuyen “manos” al gran Espíritu creador para demostrar su solicitud y capacidad, y para ponerlo al nivel de la escasa comprensión de los mortales. Es además abrumador encontrar que cuando las mentes más devotas y nobles desean expresar sus más elevados pensamientos acerca de Dios, tienen que usar palabras y metáforas tomadas de la tierra. Somos niños, y cada uno debe confesar que hablamos “como niños”, pensamos “como niños” (1 Cor. 13:11). En la expansión sobre nosotros, Dios enarbola, por así decir, su bandera estrellada para mostrar que el Rey está en casa, y alza su blasón a fin de que los ateos vean cómo desprecia sus críticas acerca de él. El que levanta su vista al firmamento y después se identifica como un ateo, se identifica en ese mismo momento como un idiota o un mentiroso.

Resulta extraño que algunos que aman a Dios temen estudiar el libro de la naturaleza que anuncia a Dios. La apariencia de espiritualidad de algunos creyentes, que son demasiados celestiales como para considerar los cielos, ha dado pie a las presunciones de los infieles de que la naturaleza contradice la revelación. Los hombres más sabios son los que con piadoso entusiasmo trazan las acciones de Jehová en la creación al igual que en la gracia, sólo los necios temen que el estudio honesto del uno perjudicará la fe en el otro. Bien lo dijo el Dr. M'Cosh: “Hemos lamentado con frecuencia los intentos de poner las obras de Dios en contra de la Palabra de Dios, y de esta manera incitar, propagar y perpetuar celos que sólo sirven para separar las partes que debieran vivir en unión cercana. En particular, siempre hemos lamentado los esfuerzos realizados por desvalorar la naturaleza con el fin de exaltar la revelación. Nos ha parecido siempre que no es más que la degradación de una parte de la obra de Dios con la esperanza de así exaltar y recomendar otra. No sean consideradas la ciencia y la religión como ciudadelas opositoras, que se desafían una a la otra y cuyas tropas empuñan sus armas con una actitud hostil. Si lo pensaran, verían que tienen demasiados enemigos en común en la ignorancia y el prejuicio, en las pasiones y los vicios, bajo todas sus formas, y tendrían que admitir que están malgastando sus fuerzas en una guerra inútil el uno contra el otro. La ciencia tiene un fundamento, y también lo tiene la religión; únense los fundamentos de uno con los del otro, y la base será más amplia, y serán dos

compartimentos de una gran estructura, levantada para la gloria de Dios. Sea uno el atrio exterior y el otro el interior. En el uno, todos miren y admiren y adoren; y en el otro que se arrodillen y oren y alaben al Señor los que tienen fe. Sea el uno el santuario donde la erudición humana pueda presentar el incienso más rico como una ofrenda a Dios, y el otro el lugar más santísimo, separado del primero por un velo ahora rasgado en dos y en el cual, sobre un propiciatorio rociado de sangre, derramamos el amor de un corazón reconciliado y escuchamos los oráculos de un Dios viviente”.

Versículo 2. *Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría.* Como si un día retomara la historia donde el otro la dejó, y cada noche pasara la narración a la siguiente. El original incluye el pensamiento de derramarse o desbordarse con palabras; como si los días y las noches fueran una fuente de la cual siempre manan alabanzas a Jehová. ¡Oh que bebiéramos con frecuencia del pozo celestial y aprendiéramos a expresar la gloria de Dios! Los testigos en las alturas no pueden ser aniquilados ni silenciados; desde sus asientos elevados constantemente predicán la sabiduría de Dios, sin conmoverse ni ser influenciados por el juicio de los hombres. Aun los cambios de alternar la noche y el día son silenciosamente elocuentes, y tanto la luz como las sombras revelan al Invisible. Hagamos que las vicisitudes de nuestras circunstancias hagan lo mismo, y mientras bendecimos a Dios por nuestros días de gozo, alabémosle también cuando da “cantos en la noche”.

La lección del día y de la noche es una que todos los hombres harían bien en aprender. Debe estar entre nuestros pensamientos diurnos y pensamientos nocturnos el recordar el paso veloz del tiempo, el carácter cambiante de las cosas terrenales, la brevedad del gozo al igual que del dolor, lo preciosa que es la vida, la imposibilidad de recobrar las horas una vez que han pasado y el acercamiento irresistible de la eternidad. El día nos insta a trabajar, la noche nos recuerda que nos preparemos para nuestra última hora; el día nos insta a trabajar para Dios, y la noche nos invita a descansar en él; el día nos insta buscar el día sin fin, y la noche nos advierte que escapemos de la noche eterna.

Versículo 3. *No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz.* Todos los seres humanos pueden escuchar las voces de las estrellas. Muchos son los idiomas de los terráqueos, para los celestiales hay sólo uno, y éste puede ser comprendido por toda mente dispuesta a oírlo. Los pobres paganos no tienen excusa si no descubren las cosas invisibles de Dios en las obras que él ha hecho. El sol, la luna y las estrellas son los predicadores viajeros de Dios, son los apóstoles que en su recorrido ratifican a los que tienen en cuenta al Señor y los jueces itinerantes, que condenan a los que adoran a los ídolos.

El margen nos da otra interpretación que es más literal, e involucra menos repetición: “No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz”, es decir, su enseñanza no va dirigida al oído, y no se expresa en sonidos articulados; es descriptivo, y va dirigido del ojo al corazón, no incluye el sentido por el cual viene la fe, pues la fe viene por el oír. Jesucristo es llamado el Verbo, porque es una expresión mucho más inequívoca de Dios de la que pueden dar los cielos. Estos son, después de todo, instructores mudos; ni las

estrellas ni el sol pueden acertar una palabra, en cambio Jesús es la imagen expresa de la persona de Jehová y su nombre es el Verbo de Dios.

Versículo 7. *La ley de Jehová es perfecta;* el autor se refiere no sólo a la ley de Moisés sino a la doctrina de Dios, todo el contenido del Libro sagrado. Declara que la doctrina revelada por Dios es perfecta, y esto a pesar de que David apenas tenía una pequeña parte de las Escrituras; y si un fragmento, y ese el más oculto e histórico, es perfecto ¿cómo será el tomo entero? Entonces, más que perfecto es el libro que contiene la exposición y demostración más precisa del amor divino, y nos da una visión transparente de la gracia redentora. El evangelio es un esquema o una ley completa de la salvación por gracia, presentando al pecador necesitado todo lo que sus terribles necesidades pueden requerir. No hay redundancias ni omisiones en la Palabra de Dios y en su plan de la gracia, entonces, ¿por qué tratan los hombres de pintar este lirio y dorar este oro refinado? El evangelio es perfecto en todas sus partes y perfecto como un todo: es un crimen añadir al mismo, una traición alterarlo y un delito grave restarle.

Convierte el alma: Logrando que el hombre regrese o sea restaurado al lugar de donde el pecado lo había echado. El efecto práctico de la Palabra de Dios es hacer que el hombre se enfoque en sí mismo, en Dios y en la santidad; y el volverse o convertirse no es sólo exterior, “el alma” es conmovida y renovada. El gran medio de la conversión de los pecadores es la Palabra de Dios, y cuanto más cerca la mantengamos en nuestro ministerio, más probabilidad tendremos de ser exitosos. Es la Palabra de Dios en lugar del comentario del hombre sobre la Palabra de Dios lo que obra con poder en las almas. Cuando la ley impulsa y el evangelio atrae, la acción es distinta pero el fin es el mismo, porque por el Espíritu de Dios el alma es compelida a ceder y exclama: “Conviérteme y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios” (Jer. 31:18). Probemos influir en la naturaleza depravada del hombre con filosofías y razonamientos, y éste se reirá y burlará de nuestros esfuerzos; en cambio, la Palabra de Dios pronto obra una transformación.

El testimonio de Jehová es fiel. Dios testifica contra el pecado y a favor de la justicia. Testifica de nuestra caída y nuestra restauración. Este testimonio es claro, decidido e infalible, y debe ser aceptado como cosa segura. El testimonio de Dios en su Palabra es tan seguro que podemos obtener de él un consuelo sólido para la ocasión y la eternidad, y es tan seguro que ningún ataque en su contra, no importa lo fiero o sutil que sea, puede jamás debilitar su fuerza. ¡Qué bendición es que en un mundo de incertidumbres tenemos algo seguro de lo cual podemos depender! Nos apresuramos a salir de las arenas movedizas de las especulaciones humanas a la tierra firme de la Revelación Divina.

Hace sabio al sencillo. Las mentes humildes, cándidas y dispuestas a aprender reciben la palabra, y son hechas sabias para salvación. Las cosas escondidas a los sabios y prudentes son reveladas a los infantes (Mat. 11:25). Los dispuestos a ser persuadidos se hacen sabios, pero los que, sin razón, ponen “peros” a todo siguen siendo necios. Como ley o plan de Dios, la Palabra de Dios convierte y luego como testimonio, instruye; no basta con que seamos convertidos, tenemos que continuar siendo discípulos. Y si hemos sentido el poder de la verdad tenemos que pasar a dar prueba de su certidumbre por medio de la experiencia. La perfección del evangelio convierte, pero el hecho de que es

seguro, edifica. Si queremos ser edificados nos conviene no dudar incrédulamente de la promesa, porque un evangelio del cual uno duda no nos puede hacer sabios, pero la verdad la cual se nos garantiza, es nuestro fundamento.

Versículo 8. *Los mandamientos de Jehová son rectos.* Sus preceptos y decretos se basan en la justicia, y como tal, son justos o apropiados para que el hombre razone correctamente. Así como un médico da la medicina correcta, y un consejero el consejo correcto, también lo hace el Libro de Dios. “Alegra el corazón”. Notemos la progresión: el que se convirtió fue hecho sabio y ahora es feliz; la verdad hace recto al corazón, y luego da alegría al corazón recto. La gracia libre da gozo al corazón. Los placeres terrenales son pasajeros y nos dejan sin fuerzas. En cambio, los placeres celestiales satisfacen la naturaleza interior y llenan las facultades mentales hasta rebosar. No hay nada más reconfortante que las aguas que vierten de las Escrituras.

Salmo 22

(Versículos seleccionados)

TEMA. *Más que ningún otro éste es EL SALMO DE LA CRUZ. Es posible que realmente fuera recitado palabra por palabra por nuestro Señor cuando colgaba en el madero. Sería demasiado atrevido afirmar que, efectivamente, así fue, pero aun un lector casual puede ver que hubiera sido posible. Comienza con: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” y, según algunos, finaliza en su versión original con “Consumado es”. En cuanto a expresiones de aflicción que brotan de las profundidades indescriptibles del dolor, podemos decir de este salmo: “No hay otro igual”. Es la fotografía de las horas más tristes de nuestro Señor, el registro de sus últimas palabras en su momento de agonía, el memorial de sus gozos al expirar. David y sus aflicciones pueden haberse expresado aquí en un sentido muy modificado, pero, así como la estrella está tapada por la luz del sol, aquel que ve a Jesús aquí, probablemente no vea ni le interese ver a David. Ante nosotros tenemos una descripción de las tinieblas al igual que de la gloria de la Cruz, los sufrimientos de Cristo y la gloria que le sigue. ¡Oh que tuviéramos la gracia para acercarnos y ver este gran espectáculo! Debemos leer con reverencia, quitándonos el calzado de los pies, como lo hizo Moisés ante la zarza ardiente, porque si en alguna parte de las Escrituras hay suelo santo, es en este salmo.*

Versículo 1. *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Este fue el alarmante clamor del Gólgota: *Eloi, Eloi, lama, sabacthani*. Los judíos se burlaban, pero los ángeles adoraban cuando Jesús lanzó esta lamentación tan amarga. Vemos al gran Redentor clavado en la cruz, cercano al final. ¿Y qué vemos? ¡Teniendo oídos para oír, oigamos y teniendo ojos para ver, veamos! Contemplemos con asombro santo, y notemos los resplandores de luz en medio de la terrible oscuridad de aquel mediodía-medianoche. Primero, la fe de Nuestro Señor se hizo evidente y merece nuestra reverente imitación. Él se mantiene aferrado a su Dios con las dos manos y clama dos veces: “¡Mi Dios, mi Dios!”. El espíritu de adopción era fuerte en el Hijo del Hombre que sufría, y no sentía ninguna duda con respecto a su afecto por su Dios. ¡Oh que pudiéramos imitar este aferrarse a un Dios que nos aflige! El que sufre tampoco desconfía del poder de Dios para sostenerle, porque el título usado (“El”) significa fuerza, y es el nombre del Dios Todopoderoso. Él sabe que el Señor es el apoyo y socorro todo suficiente, y por lo tanto apela a él en la agonía de su dolor, no en la tortura de la duda. Quiere saber por qué ha sido abandonado, eleva esa pregunta y la repite, pero no porque desconfía ni del poder ni de la fidelidad de Dios. ¡Qué pregunta es ésta que tenemos ante nosotros! “¿Por qué me has desamparado?” Tenemos que poner el énfasis en cada palabra de ésta la más triste de

todas las palabras. “¿Por qué?” ¿Cuál es la causa inmensa de una realidad tan extraña como la de Dios abandonando a su propio Hijo en tal momento y en semejante dificultad? No había dado ninguna razón para merecerlo, ¿por qué entonces desertarlo? “Has” muestra que ya sucedió, y cuando hace la pregunta, el Salvador está sintiendo sus efectos aterradores. ¡Es en realidad cierto, pero qué extraño! No fue la amenaza de ser abandonado que hizo clamar a toda voz al Salvador, sino el hecho de que sufrió el desamparo en toda su realidad. “Tú”: puedo entender por qué Judas el traidor y Pedro el tímido se han apartado, pero tú, mi Dios, mi fiel amigo, ¿cómo puedes dejarme? Esto es lo peor de todo. Sí, peor que todo lo demás junto. El infierno mismo tiene, como la llama más feroz, la separación de Dios del alma. “Desamparado”: si me hubieras amonestado lo hubiera aguantado, porque tu rostro resplandecería. Pero abandonarme completamente, ¡ay! ¿por qué? “Me”: Soy tu Hijo inocente, obediente, sufriente, ¿por qué me dejas perecer? Un cuadro de uno mismo sometido a penitencia, y de Jesús en la cruz visto por la fe, explica mejor esta pregunta. Jesús está desamparado porque nuestros pecados nos había separado de nuestro Dios.

¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? El Hombre de Dolores había orado hasta que le fallaron las palabras, y sólo podía expresar gemidos y quejidos como los del enfermo grave, como los rugidos de un animal herido. ¿Hasta qué extremo de dolor fue llevado nuestro Maestro? ¿Cómo habrán sido de fuertes su llanto y sus lágrimas que lo dejaron demasiado ronco para hablar! ¿Cómo habrá sido su angustia al ver a su propio Padre querido en quien confiaba parado a lo lejos, sin darle ayuda y aparentemente sin escuchar su oración! Esta era una buena razón para hacerlo “clamar”. Y, sin embargo, había una razón para todo esto, que los que confían en Jesús como su Sustituto bien saben.

Versículo 2. *Dios mío, clamo de día, y no respondes.* Que nos parezca que nuestras oraciones no son oídas no es nada nuevo, Jesús lo sintió antes que nosotros, y es digno de destacar que aun así se aferró fuertemente con fe a Dios, y aun así clamó “Mi Dios”. Por otro lado su fe no lo hizo menos inoportuno porque en medio de los apuros y horrores de aquel día sombrío no dejó de clamar, al igual que como en el Getsemaní, había agonizado durante toda la lúgubre noche. Nuestro Señor siguió orando aunque no recibió ninguna respuesta consoladora, y en esto nos dejó ejemplo de obediencia a sus palabras: tenemos que “orar siempre, y no desmayar” (Luc. 18:1). Ningún día es demasiado deslumbrante, ninguna noche demasiado oscura para dejar de orar, y ninguna demora o aparente negativa, por más grave que sea, debe tentarnos a dejar de rogar a tiempo y fuera de tiempo.

Versículo 3. *Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel.* ¡Por más malas que parezcan las cosas, no hay ningún mal en ti, oh Dios! Tendemos a pensar muy poco en Dios y hablar muy poco de él cuando nos encontramos bajo su mano que nos abate, pero no así su Hijo obediente. Él conoce demasiado bien la bondad de su Padre como para dejar que las circunstancias externas dañen su carácter. No hay ninguna injusticia en el Dios de Jacob, no merece él censura alguna; haga él lo que haga, debe ser alabado y entronado en medio de los cantos de su pueblo escogido. Si la oración

no es contestada no es porque Dios sea infiel, sino por alguna otra buena e importante razón. Si no podemos percibir ningún motivo para su demora, tenemos que dejar el enigma sin resolver: pero no debemos adelantarnos a los designios de Dios a fin de inventar una respuesta. Mientras que la santidad de Dios es reconocida y adorada al máximo, en este versículo el autor afligido parece admirarse de que el Dios santo pudiera desampararlo y guardar silencio ante su clamor. El argumento es: Tú eres santo, ¡ay! ¿por qué es que no tienes en cuenta a tu Hijo santo cuando ora expresando su peor angustia? No podemos cuestionar la santidad de Dios, pero por ella podemos presentar nuestros argumentos y usarlos como un pedido de clemencia en nuestras peticiones.

Versículo 4. *En ti esperaron nuestros padres; esperaron, y tú los libraste.* Esta es la regla de la vida para toda la familia escogida. Tres veces se repite el mismo sentimiento: esperaron, esperaron, esperaron, y nunca dejaron de esperar porque era su misma vida; y a todos les fue bien, porque tú los libraste. En medio de todos sus aprietos, dificultades y sufrimientos la fe los sostuvo al clamar a Dios que los rescatara; pero en el caso de nuestro Señor parecía que la fe no iba a traer ayuda del cielo. Sólo él entre todos los que confiaban quedaría sin ser librado. La experiencia de otros santos puede ser un gran consuelo para nosotros cuando andamos en aguas profundas, si por nuestra fe podemos estar seguros que como ellos fueron librados seremos librados nosotros. Pero cuando sentimos que nos hundimos, es poco consuelo saber que otros están nadando. Nuestro Señor aquí apela a los tratos de Dios con su pueblo en el pasado como una razón por la cual no debiera ser abandonado. Nuevamente aquí nos es ejemplo del uso habilidoso del arma de toda oración. El uso del pronombre plural “nuestros” muestra qué unido estaba Jesús con su pueblo aun en la cruz.

Versículo 5. *Clamaron a ti, y fueron librados; confiaron en ti, y no fueron avergonzados.* Es como si hubiera dicho: “¿Cómo es que ahora he sido dejado sin socorro en mis sufrimientos abrumadores, mientras que otros han sido ayudados? Podemos recordarle al Señor sus bondades anteriores hacia su pueblo y rogarle que seamos objetos de las mismas ahora. Esta es una verdadera lucha libre, aprendamos sus técnicas. Notemos que los santos de antaño lloraban y confiaban, y nosotros tenemos que hacer lo mismo en las dificultades. Y el resultado invariable fue que no se avergonzaban de su esperanza porque la liberación llegaba a su tiempo. Esta misma feliz porción será nuestra.

Versículo 6. *Mas yo soy gusano, y no hombre.* Este versículo es un milagro del lenguaje. ¿Cómo pudo el Señor de gloria ser humillado a tal punto que no sólo era menor que los ángeles sino menor que los hombres? ¡Qué contraste entre “YO SOY” y “Yo soy un gusano”! No obstante, la persona de nuestro Señor Jesús tenía tal naturaleza doble cuando sangraba en el madero. Se sintió como un gusano indefenso, impotente, oprimido, pasivo cuando era aplastado e ignorado y despreciado por aquellos que lo oprimían. Selecciona la más débil de las criaturas, lo cual es toda carne; y se convierte en carne pisoteada, contorsionada y temblorosa sin ningún poder excepto el poder de sufrir. Así era realmente cuando su cuerpo y alma se habían convertido en una masa de sufrimiento –la esencia misma de la agonía– en los dolores agonizantes de la crucifixión.

El hombre por naturaleza no es más que un gusano; pero nuestro Señor se puso aun más bajo que el hombre, por la burla y el desprecio que le amontonaron encima y la debilidad que sentía, y por lo tanto agrega “y no hombre”. Mientras Dios lo había abandonado, no podía contar con los privilegios y la bendición que fueron otorgados a los patriarcas, y no podía tener actos comunes de humanidad porque era rechazado por los hombres. Fue proscrito de la sociedad terrenal y le fue negada la sonrisa del cielo. ¡Cuán completamente se despojó el Salvador de toda gloria, y lo hizo por nosotros!

Versículo 7. *Todos los que me ven me escarnecen.* Leamos el relato evangelístico de las burlas soportadas por el Crucificado, y luego consideremos, a la luz de esta expresión, cuánto le dolió. El arma penetró su alma. Las burlas tienen la descripción distintiva de “burlas crueles”, las que soportó nuestro Señor eran las más crueles. Las burlas despectivas dirigidas a nuestro Señor eran universales. Toda clase de hombres se había juntado para reír despectivamente, y competían entre sí para insultarlo. Sacerdotes y pueblo, judíos y gentiles, soldados y civiles, todos unidos en la burla general, y eso en el momento cuando estaba postrado por sus debilidades y a punto de morir. ¿De qué hemos de asombrarnos más: de la crueldad del hombre o del amor del sangrante Salvador? ¿Cómo podemos jamás quejarnos de las burlas después de esto?

Estiran la boca, menean la cabeza. Estos eran gestos de desprecio. Mohines, sonrisas burlonas, menear la cabeza, sacar la lengua y otras formas de escarnio fueron soportados por nuestro paciente Señor. Los hombres le hacían estos gestos a éste ante quien los ángeles esconden su rostro y a quien adoran. Las señas más viles que puede inventar el desprecio le fueron arrojadas maliciosamente. Se burlaron de sus oraciones, se rieron de sus sufrimientos y lo humillaron hasta lo sumo.

Versículo 8. *Diciendo, se encomendó a Jehová; librele él; sálvele, puesto que en él se complacía.* Aquí el hostigamiento va cruelmente dirigido a la fe en Dios del que sufre, que es el punto más tierno en el alma de un hombre bueno, la niña de su ojo. Deben haber aprendido el arte diabólico de Satanás mismo, porque demostraron ser extremadamente competentes en esto. Según Mateo 27:39-44, hubo cinco formas de hostigamiento lanzadas contra el Señor Jesús, y probablemente se menciona esta forma de burla en este salmo porque es la más amarga de todas. Tiene una ironía mordaz, sarcástica que le da un veneno peculiar. Al Hombre de Sufrimientos le ha de haber ardidado hasta lo más profundo del alma. Cuando somos atormentados de este modo, recordemos a Aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra él, y nos sentiremos reconfortados. Al leer estos versículos preguntamos con Trapp: ¿Es esto una profecía o un hecho consumado?, porque la descripción es tan exacta. No debemos olvidar la verdad que los escarnecedores judíos dijeron sin querer. Ellos mismos fueron testigos de que Jesús de Nazaret confiaba en Dios: ¿porqué, pues, Dios lo dejó morir? En el pasado Jehová había librado a los que ponían sobre él su carga: ¿por qué abandonó Jehová a este hombre? ¡Oh que hubieran comprendido la respuesta! Notemos además, que el irónico desdén: “puesto que en él se complacía” decía la verdad. El Señor efectivamente se complacía en su Hijo amado, y cuando tomó la forma de hombre y se hizo obediente

hasta la muerte, seguía muy complacido con él. ¡Extraña mezcla! Jehová se deleita en él, y aun así lo hiere; está complacido, pero aun así lo asesina.

Versículo 9. *Pero tú eres el que me sacó del vientre.* La providencia bondadosa atiende con la cirugía de la ternura cada nacimiento humano, pero el Hijo del Hombre, quien fue maravillosamente concebido por el Espíritu Santo, fue vigilado de una manera especial por el Señor cuando María lo trajo al mundo. El estado indigente de José y María, lejos de sus amigos y hogar, los llevó a experimentar la mano cariñosa de Dios en el parto feliz de la madre y el nacimiento del niño; ese Niño que ahora libra la gran batalla de su vida, usa la misericordia de su nacimiento como un argumento ante Dios. La fe encuentra armas en todas partes. El que quiere creer nunca carecerá de razones para hacerlo.

Versículo 10. *Sobre ti fui echado desde antes de nacer.* En los brazos del Todopoderoso fue recibido al principio, como en los brazos de un padre o madre amante. Este es un pensamiento dulce. Dios comienza su cuidado de nosotros en nuestra primera hora. Somos mecidos sobre las rodillas de misericordia y atesorados en la falda de la bondad; nuestra cuna está bajo el dosel del amor divino y nuestros primeros tambaleos son guiados por su cuidado. *Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.* El salmo comienza con “Mi Dios, mi Dios” y aquí, no sólo repite la afirmación, sino que destaca que lo ha sido desde siempre. ¡Cuán noble perseverancia de la fe, el seguir rogando con un ingenioso argumento santo! Nuestro nacimiento fue el periodo de nuestra existencia más débil y más peligroso; si fuimos afirmados por la ternura omnipotente, estemos seguros de que no tenemos razón para sospechar que ahora la bondad divina nos va a fallar. Aquel que fue nuestro Dios cuando dejamos a nuestra madre, seguirá con nosotros hasta que regresemos a la madre tierra, y nos salvará de perecer en las entrañas del infierno.

Salmo 51

(Versículos seleccionados)

TÍTULO. *“Cuando después que se llegó a Betsabé, vino a él Natán el profeta”. Cuando el mensaje divino había despertado la conciencia dormida de David haciéndole ver lo grande de su culpa, él escribió este salmo. Se había olvidado de su salmodia mientras satisfacía los apetitos de la carne, pero regresó a su arpa cuando su naturaleza espiritual fue vivificada, y entonó su canto acompañándolo de suspiros y lágrimas. El pecado grande de David no tiene excusa, pero es bueno recordar que su caso incluye una colección excepcional de elementos especiales. Era un hombre de pasiones muy fuertes, un soldado, un monarca oriental con un poder despótico. Ningún otro rey de su época se hubiera sentido compungido por actuar de la forma que lo hizo él, y por lo tanto, no sufría las restricciones de las costumbres y la sociedad, las cuales, cuando son*

quebrantadas, hace que las ofensas sean más monstruosas. Él no sugiere ninguna forma de atenuantes, ni nosotros mencionamos estos datos con el fin de disculpar su pecado, que fue sumamente detestable, sino para advertir a otros a fin de que puedan reflexionar que el libertinaje en ellos ahora hubiera sido más culposo que para el errado Rey de Israel. Al recordar su pecado, enfoquemos principalmente su arrepentimiento, y la larga serie de castigos que hizo que la última parte de su vida fuera tan triste.

Versículo 1. *Ten piedad de mí, oh Dios.* Apela inmediatamente a la misericordia de Dios, aun antes de mencionar su pecado. Tener a la vista la misericordia es bueno para los ojos adoloridos por su llanto de arrepentimiento. El perdón de los pecados tiene que ser siempre un acto de pura misericordia, y por lo tanto, es a ese atributo que se dirige el pecador vivificado.

Conforme a tu misericordia. Obra, oh Señor, como es típico de ti. Obra misericordia conforme a tu misericordia. Demuestra misericordia que coincida con tu gracia. Qué palabra especial es “misericordia”... una mezcla insólita y preciada de amor y compasión que armoniosamente se unen en una sola. *Conforme a la multitud de tus piedades.* Rodéame con tu amor y compasión, y que tu perdón sea de acuerdo con tu naturaleza. Revela todos tus compasivos atributos de mi caso, no sólo en esencia sino en abundancia. Innumerables han sido tus actos de bondad e inmensa es tu gracia. Hazme el objeto de tu misericordia infinita y duplícala en mí. Haz de mi caso la personificación de tus tiernas misericordias. Me siento alentado por cada acto de gracia hacia los demás, y te ruego que agregues otro y éste aun mayor, en mi propia persona, a la larga lista de tus compasiones. *Borra mis rebeliones.* Mis rebeldías, mis excesos ya están contados en mi contra; pero Señor, borra esos renglones. Táchalos con tu pluma. Hazlos desaparecer, aunque ahora parecen grabados en la roca para siempre. Quizá se necesiten muchos pincelazos de tu misericordia para eliminar la profunda inscripción, pero como tú tienes muchísima misericordia te ruego que borres mis pecados.

Versículo 2. *Lávame más y más.* No basta con borrar el pecado. Su persona ha sido mancillada y anhela ser purificado. Quiere que Dios mismo lo limpie, porque nadie más que él puede hacerlo por completo. El lavado tiene que ser a fondo, tiene que ser repetido, por lo que clama “más y más”. El tinte es indeleble, y yo, pecador, he sido sumergido en él demasiado tiempo, tanto que el carmesí ya ha quedado fijo. Pero Señor, lava y lava, y vuelve a lavar, hasta quitar la mancha de modo que no quede ni un vestigio de mi vileza. El hipócrita se contenta con que su ropa sea lavada, pero el verdadero pecador arrepentido clama: “Lávame”. El alma indiferente se contenta con una limpieza superficial, pero la conciencia verdaderamente vivificada anhela un lavado real y práctico y del tipo más completo y eficiente. *Lávame más y más de mi maldad.* Distingue la maldad como una gran contaminación, infectando a toda la naturaleza tanto como a él; como si nada fuera tan suyo como su pecado. El pecado contra Betsabé sirvió para mostrarle al salmista lo inmenso de su iniquidad, de la cual ese acto repugnante no era más que una piedra que se había desprendido y caía. Anhela librarse de toda la abundancia de su inmundicia, que antes casi no notaba pero que se había convertido en

un terror espantoso y angustioso en su mente. *Y límpiame de mi pecado*. Esta es una expresión más general, como si el salmista dijera: “Señor, si lavarme no da resultado, intenta otro proceso; si el agua no sirve, prueba el fuego, prueba cualquier otra cosa de modo que pueda ser yo purificado. Líbrame de mi pecado por algún medio, cualquier medio; el asunto es que sea purificado completamente, y no dejes en mi alma nada de culpabilidad”. No es el castigo en contra de lo cual clama, sino del pecado. Muchos homicidas se alarman más por la horca que por el homicidio que los trajo a ella. Al ladrón le encanta robar, aunque le teme a la cárcel. No así David: está harto del pecado como pecado. Sus clamores más intensos son contra la impiedad de sus transgresiones, y no contra sus dolorosas consecuencias. Cuando tratamos seriamente con nuestros pecados, Dios nos trata con bondad. Cuando aborrecemos lo que el Señor aborrece, él pronto pondrá fin al tormento para nuestro gozo y paz.

Versículo 3. *Porque yo reconozco mis rebeliones*. Aquí ve la pluralidad y la inmensa cantidad de sus pecados, y los declara abiertamente. Parece decir: “Los confieso totalmente. No que este sea mi argumento para buscar perdón, sino que es una evidencia clara de que necesito misericordia, y soy absolutamente incapaz de buscar ayuda en ninguna otra parte. Declararme culpable me ha descartado cualquier posibilidad de apelar contra la sentencia de la justicia: Oh Señor, tengo que depender de tu misericordia, te ruego que no me rechaces. Tú me llevaste al punto de querer confesar. ¡Suma a esta obra de gracia la remisión total y gratuita!” *Y mi pecado está siempre delante de mí*. Mis pecados como un todo nunca dejan de estar en mi mente; agobian continuamente mi espíritu. Los pongo delante de ti porque están siempre delante de mí: Señor, quítalos de delante de ti y de delante de mí. Para la conciencia vivificada, el dolor debido al pecado no es transitorio ni ocasional, sino intenso y permanente, y esto no es señal de la ira divina, sino más bien un prefacio seguro de abundante favor.

Versículo 4. *Contra ti, contra ti solo he pecado*. El virus del pecado radica en su oposición a Dios: el sentimiento del salmista de haber pecado contra otros aumentaba la fuerza de su sentimiento de haber pecado contra Dios. Todas sus malas acciones se centraban y culminaban a los pies del trono divino. Dañar a nuestros semejantes es pecado principalmente porque al hacerlo violamos la ley de Dios. El corazón del salmista arrepentido estaba tan lleno de una sensación de haber cometido un mal contra el mismo Señor, que todas las otras confesiones quedaban encubiertas por el reconocimiento inconsolable de la ofensa contra el Señor. *Y he hecho lo malo delante de tus ojos*. Cometer una traición en la misma corte del rey y a su vista es realmente una insolencia. David sentía que su pecado había sido cometido en toda su inmundicia mientras Jehová lo observaba. A nadie más que a un hijo de Dios le preocupa el ojo de Dios, pero donde hay gracia en el alma, ésta refleja una culpa tremenda ante cada acto impío al recordar que el Dios a quien ofendemos estaba presente cuando cometimos la transgresión. Cuando hablemos sea con conocimiento de causa, y seamos sensibles cuando juzguemos. David no podía presentar ningún argumento contra la justicia divina si Dios procedía inmediatamente a condenarlo y castigarlo por su crimen. Su propia confesión, y el que el juez haya sido testigo de todo lo ocurrido, pone la transgresión

fuera de cualquier cuestionamiento o debate. La iniquidad fue indiscutiblemente cometida y fue incuestionablemente un mal repugnante, y por lo tanto el curso que debía seguir la justicia era claro y no dejaba lugar para ninguna controversia.

Versículo 5. *He aquí, en maldad he sido formado.* David queda atónito ante el descubrimiento de su pecado innato, y procede a expresarlo. Esto no fue para justificarse, sino más bien tiene la intención de completar su confesión. Es como si hubiera dicho: “No sólo he pecado una vez, sino que, por naturaleza, soy pecador. La fuente de mi vida está contaminada desde su comienzo. Mis tendencias de nacimiento están desequilibradas; por naturaleza me inclino por las cosas prohibidas. La mía es una enfermedad legítima, que me hace muy detestable y objeto de tu ira”. *Y en pecado me concibió mi madre.* Se remonta a los primeros momentos de su ser, no para difamar a su madre, sino para admitir las raíces profundas de su pecado. Negar ese pecado original y la depravación natural que la Biblia enseña es disputar impíamente con ella. Los hombres que objetan esta doctrina tienen que ser enseñados por el Espíritu Santo cuáles son los principios principales de la fe. La madre de David era la sierva del Señor, él nació en un matrimonio intachable, de un buen padre, y él mismo era “hombre conforme al corazón de Dios” (Hech. 13:22). No obstante, su naturaleza era tan caída como la del cualquier hijo de Adán, y lo único que necesitaba era la ocasión para manifestar esa triste realidad. Cuando fuimos formados fuimos hechos insuficientes, y cuando fuimos concebidos nuestra naturaleza concibió pecado. ¡Pobre humanidad! Los que quieran, pueden lamentarlo, pero el que ha aprendido en su propia alma a sentirse afligido por su estado perdido es sumamente bendecido.

Versículo 6. *He aquí.* Aquí está el gran asunto para considerar. Dios no anhela una virtud meramente exterior, sino pureza interior, y el hecho de que el salmista arrepentido está consciente de su pecado se agrava grandemente cuando, asombrado, descubre su verdad y cuánto dista de satisfacer los requerimientos divinos. Este segundo “He aquí” es un contraste perfecto con el primero; ¡cuán grande es el abismo entre ellos! *Tú amas la verdad en lo íntimo.* Realidad, sinceridad, santidad verdadera, fidelidad de corazón, estos son los requerimientos de Dios. A él no le interesa la pretensión de santidad. Mira la mente, el corazón y el alma. El Santo de Israel siempre ha estimado a los hombres por su naturaleza interior, y no por lo que profesan exteriormente. Para él, el interior es tan visible como el exterior, y juzga acertadamente que el carácter esencial de una acción radica en la motivación del que la realiza. *Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.* El pecador arrepentido siente que Dios le está enseñando la verdad con respecto a su naturaleza, que antes no había percibido. El amor del corazón, el misterio de su caída y el camino de su purificación: todos tenemos que obtener esta sabiduría secreta; y es una gran bendición poder creer que el Señor “nos hará comprenderlo”. Nadie más que el Señor puede dar instrucciones a lo más profundo de nuestra naturaleza, pero él puede hacerlo para nuestro beneficio. El Espíritu Santo puede escribir la ley en nuestro corazón, y esa es la suma total de la sabiduría práctica. Puede revelar en nosotros a Cristo, y él es la sabiduría esencial. Tales almas pobres,

necias y desordenadas como las nuestras, serán puestas en orden, y dentro de nosotros reinará la verdad y la sabiduría.

Versículo 7. *Purifícame con hisopo.* Rocíame con la sangre expiatoria usando los medios designados para eso. Concédeme la realidad que las ceremonias simbolizan. Nada fuera de la sangre puede quitarme las manchas de sangre, nada fuera de la purificación más fuerte puede lograr limpiarme. Haz que la ofrenda de sangre purifique mi pecado. Haz que el que ha sido designado para expiar, ejecute su oficio sagrado sobre mí, porque nadie lo necesita más que yo. El pasaje puede ser considerado como la voz de la fe al igual que una oración, porque así lo expresa: “Purifícame con hisopo, y seré limpio”. A pesar de lo inmundo que soy, hay tanto poder en la propiciación divina que mi pecado desaparecerá. Como el leproso sobre quien el sacerdote ha realizado sus ritos purificadores, seré admitido nuevamente en la asamblea de tu pueblo y podré compartir los privilegios de la verdadera Israel. Mientras que delante de ti, por medio de Jesús mi Señor, seré aceptado. *Lávame.* No sea yo limpio sólo en mi modo de ser, sino limpio por una verdadera purificación espiritual, que me quite la contaminación de mi naturaleza. Haz que se perfeccione en mí el proceso de santificación al igual que el del perdón. Sálvame de las maldades que mi pecado ha creado y nutrido en mí. *Y seré más blanco que la nieve.* Nadie sino tú puede emblanquecerme. Puedes en tu gracia sobrepasar la naturaleza misma y ponerla en su estado más puro. La nieve pronto absorbe humo y polvo, se derrite y desaparece, tú puedes darme una pureza duradera. Aunque la nieve es blanca en su interior al igual que en su exterior, tú puedes realizar una obra parecida en mi interior, y limpiarme tan bien que sólo una hipérbole puede lograr que mi condición sea inmaculada. Señor, haz esto; por fe creo que lo harás, y sé bien que lo puedes hacer.

Sería difícil encontrar en las Sagradas Escrituras un versículo más lleno de fe que este. Considerando la naturaleza del pecado y el profundo sentir que el salmista tenía de él, demuestra una fe gloriosa al poder ver en la sangre mérito suficiente, no, totalmente suficiente para purificarlo enteramente. Considerando también la corrupción profunda e innata que David vio y sintió adentro, es un milagro que pudiera regocijarse en la esperanza de una pureza perfecta en su interior. Y, agreguemos que la fe no es más que lo que la palabra indica, ni más que lo que la sangre de la expiación incita, y que lo que la promesa de Dios merece. Ojalá algún lector que en este momento sufre el peso del pecado, le haga al Señor el honor de confiar con esta misma confianza en el sacrificio consumado del Calvario y la misericordia infinita allí revelada.

Versículo 8. *Hazme oír gozo y alegría.* Hacia el final del salmo ora acerca de su pesar. Comienza inmediatamente con su pecado; pide escuchar perdón y luego escuchar gozo. Busca consuelo en el momento preciso y de la fuente precisa. Sus oídos están entumecidos por sus pecados y por eso ora: “Hazme oír”. Ninguna voz podía revivir sus gozos apagados, sino aquella que da vida a los muertos. El perdón de Dios le daría un gozo doble: gozo y alegría. La felicidad que espera al que es perdonado no es mezquina; no sólo tendrá un gozo doble, sino que lo escuchará; lo cantará con júbilo. Hay gozos que se sienten pero no se escuchan, porque compiten con los temores. En cambio, el gozo del perdón tiene una voz más sonora que la voz del pecado. La voz de Dios

brindando paz es la música más dulce que el oído puede escuchar. *Y se recrearán los huesos que has abatido.* Era como un pobre desgraciado cuyos huesos han sido triturados, no por algún medio común sino por la misma omnipotencia. Gemía no debido a las meras heridas de la carne: sus poderes más firmes pero más tiernos habían sido “quebrantados”, su hombría se había convertido en una sensibilidad dislocada, retorcida y temblorosa. No obstante, aquel cuyos huesos temblaban antes con agonía pasaría a ser igualmente sensible al gozo intenso. La figura es audaz, y lo mismo es el que suplica. Está pidiendo algo grande; busca gozo para un corazón pecaminoso, música para los huesos abatidos. ¡Oración absurda en cualquier otra parte excepto ante el trono de Dios! Más absurda aún allí, si no fuera por la cruz donde Jehová Jesús cargó nuestros pecados en su propio cuerpo en el madero. El alma arrepentida no necesita pedir ser un siervo asalariado, ni permanecer en un estado de resignación desesperada con un dolor perpetuo; puede pedir alegría y le será dada, porque si los pródigos regresan el padre se goza, y los vecinos y amigos se gozan y festejan su alegría con música y danzas (Luc. 15:11ss), ¿qué necesidad puede haber que el que ha sido restaurado se sienta desgraciado?

Versículo 9. *Esconde tu rostro de mis pecados.* No los mires, esfuérzate por no verlos. Se interponen en el camino, pero Señor, niégate a contemplarlos, no sea que los tengas en cuenta, tu ira arda y yo perezca. *Y borra todas mis maldades.* Repite la oración del primer versículo agregándole la palabra “todas”. Todas las repeticiones no son necesariamente “vanas repeticiones”. Las almas en agonía no tienen capacidad para pensar en variar su lenguaje: el dolor se tiene que contentar con tonos monocordes. El rostro de David estaba avergonzado por mirar su pecado, y ningún otro pensamiento podía quitarlo de su memoria; pero ora al Señor que haga con su pecado lo que él mismo no puede hacer. Si Dios esconde su rostro de nuestros pecados, también lo esconde de nosotros para siempre; y si no borra nuestros pecados, tiene que borrar nuestros nombres del libro de la vida.

Versículo 10. *Crea ¡Qué! ¿Tanto nos ha destruido el pecado que tenemos que volver a pedir su intervención? ¡Qué ruina ha obrado el pecado en la humanidad! Crea en mí.* Yo, en mi fabricación externa todavía existo; pero estoy vacío, desolado, vacío. Ven, pues y haz que tu poder sea visto en una creación nueva dentro de mi viejo yo que ha caído. En el principio, tú hiciste a un hombre en el mundo. Señor, ¡haz en mí un hombre nuevo! *Un corazón limpio.* En el versículo 7 pidió ser limpiado; ahora pide un corazón apropiado para esa limpieza. Pero no dice: “Limpia mi viejo corazón”, tiene demasiada experiencia en la inutilidad de la vieja naturaleza. Quiere que el hombre viejo sea sepultado como algo muerto, y que una nueva creación venga para llenar su lugar. Nadie sino Dios puede crear un corazón nuevo o una nueva tierra. La salvación es una muestra maravillosa del poder supremo; la obra en nosotros tanto como para nosotros es totalmente a causa de la Omnipotencia. Primero tiene que rectificar los sentimientos, o toda nuestra naturaleza anda mal. El corazón es el timón del alma, y hasta que el Señor empiece a manejarlo, vamos por un rumbo falso y fétido. Señor, tú que una vez me hiciste, ten a bien hacerme de nuevo, y renuévame en lo más recóndito de mi ser.

Salmo 100

TÍTULO. *Salmo de alabanza, o más bien de acción de gracias. Este es el único salmo que tiene justo este encabezamiento. Resplandece todo con adoración agradecida, y por esa razón ha sido un gran favorito del pueblo de Dios desde que fue escrito... En este poema divino cantamos con alegría el poder creador y la bondad del Señor, así como antes adoramos temblorosamente su santidad.*

Versículo 1. *Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra.* Esta es una repetición del Salmo 98:4. La palabra original significa un grito de alegría, como el que los súbditos leales expresan cuando el rey aparece entre ellos. Nuestro Dios feliz debe ser adorado por un pueblo feliz; un espíritu alegre coincide con su naturaleza, sus actos y la gratitud que debemos sentir por sus misericordias. Vemos la bondad de Jehová en todas las naciones de la tierra, por lo tanto, debiera ser alabado en todas las naciones de la tierra. Toda la tierra logrará su condición correcta cuando todas las naciones a una eleven sus alabanzas a él. Ay naciones, ¿hasta cuando lo rechazarán ciegamente? ¡Su edad de oro nunca llegará hasta que lo adoren con todo su corazón!

Versículo 2. *Servid a Jehová con alegría.* “Rendid gustoso homenaje con gran alegría”. Él es nuestro Señor, y por lo tanto debemos servirle. Es un Señor de gracia, por lo tanto debemos servirle con alegría. Esta invitación a adorar que aquí tenemos no es una de melancolía, como si la adoración fuera con la solemnidad de un funeral, sino una exclamación dichosa y alegre, como si nos invitaran a una fiesta de boda. *Venid ante su presencia con regocijo.* Al adorarlo debemos percibir la presencia de Dios, y por un esfuerzo de la mente, acercarnos a él. Este es un acto que para cada corazón instruido correctamente debe ser de gran solemnidad, pero a la vez no debe realizarse con el servilismo del temor, y por lo tanto, venimos ante él, no con llantos y lamentos, sino con salmos e himnos. El canto como un ejercicio alegre y a la vez devoto, debe ser una forma constante de acercarnos a Dios. Las expresiones sentidas de alabanza, medidas y armoniosas de una congregación de personas realmente consagradas, no son meramente apropiadas sino agradables, y son una anticipación oportuna de la adoración en el cielo, donde la alabanza ha absorbido a la oración y llegado a ser la única expresión de adoración. Cómo ciertas sociedades de hermanos pueden prohibir el canto en el culto público es un misterio que no podemos resolver.

Versículo 3. *Reconoced que Jehová es Dios.* Nuestra adoración tiene que ser inteligente. Tenemos que saber a quién adoramos y por qué. “Hombre, concóctete a ti mismo” es un aforismo¹ sabio, pero conocer a nuestro Dios es una sabiduría más acertada. Y es muy cuestionable que el hombre pueda conocerse a sí mismo antes de conocer a su Dios. Jehová es Dios en el sentido más pleno, más absoluto y más exclusivo; es únicamente Dios. Conocerlo en ese sentido y dar prueba de nuestro conocimiento por

¹ **aforismo** – una afirmación concisa de un principio.

medio de nuestra obediencia, fe, sumisión, consagración y amor es un logro que sólo la gracia puede obtener. Sólo los que reconocen en la práctica su divinidad pueden ofrecer una alabanza aceptable. *Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos.* ¿No adorará la criatura a su creador? Algunos viven como si se hubieran creado a sí mismos. Dicen haberse hecho por sus propios esfuerzos y adoran a su supuesto creador; en cambio los cristianos reconocen el origen de su ser y bienestar, y no se adjudican ninguna honra ni por el hecho de ser o por ser lo que son. Ni en nuestra primera o segunda creación nos atrevemos a hacer nuestra la gloria, porque ésta es el derecho y la propiedad exclusivos del Todopoderoso. Negar toda honra para nosotros mismos es una parte tan necesaria de la verdadera reverencia como lo es adjudicar la gloria al Señor. Últimamente la filosofía ha trabajado intensamente para probar que todas las cosas se han desarrollado de los átomos, o en otras palabras, se han hecho a sí mismas: esta teoría siempre encontrará creyentes, por cierto que no quedará razón alguna para acusar a los supersticiosos de credulidad. Por nuestra parte, encontramos mucho más fácil creer que el Señor nos hizo, que creer que nos desarrollamos por una larga cadena de selecciones naturales de átomos flotantes que se formaron a sí mismos. *Pueblo suyo somos, y ovejas de su prado.* Tenemos el honor de haber sido escogidos de todo el mundo para ser su pueblo, y por lo tanto tenemos el privilegio de ser guiados por su sabiduría, cuidados por él y alimentados de su abundancia. Las ovejas se juntan alrededor de su pastor y confían en él. De la misma manera, juntémonos alrededor del gran Pastor de la humanidad. El reconocimiento de nuestra relación con Dios es en sí alabanza. Cuando recordamos sus bondades le estamos rindiendo la mejor adoración. Nuestros cantos no requieren inventos de la fantasía, la realidad lisa y llana basta; la narración sencilla de las misericordias del Señor es más sorprendente que los productos de la imaginación. Que somos ovejas de su prado es la pura verdad, y a la vez la esencia misma de la poesía.

Versículo 4. *Entrad por sus puertas con acción de gracias.* La aparición de las palabras acción de gracias probablemente motivó su título. Dar gracias debe abundar en toda nuestra adoración pública; es como el incienso del templo, que lo llenaba todo de humo. Los sacrificios expiatorios han acabado, pero los de gratitud nunca dejarán de ser oportunos. En tanto que recibimos misericordia tenemos que dar gracias. La misericordia nos deja entrar por sus puertas; alabemos esa misericordia. ¿Qué mejor tema para nuestros pensamientos cuando estamos en la casa de Dios que el Señor de la casa? Y entremos en sus atrios con alabanza. Sea cual fuere el atrio de Dios al que entremos, hagamos que el boleto de entrada sea la alabanza: gracias sean dadas a Dios que el lugar santísimo es ahora accesible a los creyentes, y entramos hacia lo que está dentro del velo. Nos corresponde reconocer el gran privilegio con nuestros cantos. Seamos agradecidos con él. Hagamos que la alabanza esté en nuestro corazón al igual que en nuestra boca, y todo sea para él a quien todo pertenece. Y bendigamos su nombre. Él nos bendijo a nosotros, devolvamos la bendición: bendigamos su nombre, su carácter y su persona. Sea lo que fuera que hace, estemos seguros de bendecirlo por ello. Bendigámoslo cuando quita al igual que cuando da; bendigámoslo toda la vida, bajo toda circunstancia; bendigámoslo por todos sus atributos, sea cual fuere el punto de vista desde el cual los consideramos.

Versículo 5. *Porque Jehová es bueno.* Esto resume su carácter y contiene muchas razones para alabarlo. Es bueno, bondadoso, amable, generoso, cariñoso; sí, Dios es amor. El que no alaba lo bueno no es bueno él mismo. El tipo de alabanza inculcado en el salmo, es decir, el gozo y alegría que nos insta a expresar es sobre la base del argumento de la bondad de Dios. *Para siempre es su misericordia.* Dios no es meramente justo, severo y frío. Es compasivo y no quiere la muerte del pecador. Muestra hacia su propio pueblo aún más conspicuamente su misericordia. Ha sido de ellos desde toda eternidad, y será de ellos para siempre. La misericordia eterna es un tema glorioso para un canto sagrado. *Para siempre es su misericordia.* No es él un ser inconstante que promete y se olvida. Ha hecho un pacto con su pueblo y nunca lo revocará, ni alterará lo que ha salido de su boca. Así como nuestros antepasados lo encontraron fiel, lo encontrarán también nuestros hijos y los descendientes de ellos para siempre. Un Dios voluble sería un terror para los justos, no tendrían un ancla segura, y en medio de un mundo cambiante serían llevados de un lado para otro con un temor perpetuo de naufragar. Sería bueno que la verdad de la fidelidad divina fuera recordada más ampliamente por algunos teólogos. Daría por tierra con su creencia de la caída final del creyente, y les enseñaría un sistema más consolador. Nuestro corazón rebosa de alegría al inclinarnos delante de Aquel que nunca ha faltado a su palabra o cambiado su propósito. Descansando en su palabra segura, sentimos el gozo que aquí manda, y en su fuerza llegamos ante su presencia aun ahora y hablamos bien de su nombre.

Salmo 103

(Versículos seleccionados)

TÍTULO. *Un salmo indudablemente de David. Está escrito en su mejor estilo y debemos atribuirlo a cuando ya era un adulto mayor y tenía un sentido más profundo del valor del perdón y un sentido más agudo del pecado, que cuando era más joven. El claro sentimiento de la fragilidad de la vida indica sus años más débiles, al igual que la excelente actitud de su gratitud expresada en su alabanza... Hay tanto en el salmo que ni mil lapiceras alcanzarían para escribirlo todo, es uno de esos pasajes que todo abarca, que es en sí una Biblia, y él solo casi podría constituir el himnario de la iglesia.*

Versículo 1. *Bendice, alma mía, a Jehová.* La música del alma es el alma misma de la música. El salmista toca la nota apropiada cuando comienza con recurrir a lo más profundo de su ser para magnificar al Señor. Tiene comunión con sí mismo y se exhorta a sí mismo, como si sintiera que el tedio dominaría pronto sus facultades como ciertamente nos sucederá a todos nosotros si no nos mantenemos atentos. Jehová es digno de ser alabado por nosotros en ese estilo más elevado de la adoración que el término “bendice” indica: “Te alaben, oh Jehová, todas tus obras, y tus santos te

bendigan”. Nuestra vida misma y nuestro yo esencial deben estar completamente concentrados en este servicio tan agradable, y cada uno de nosotros debe motivar su propio corazón para ocuparse de la adoración. Dejemos que otros se abstengan si pueden pero nosotros digamos: “Bendice, alma MÍA, a Jehová”. Dejemos que otros murmuren, pero nosotros bendigamos. Dejemos que otros se bendigan a sí mismos y bendigan a sus ídolos, nosotros bendigamos a JEHOVÁ. Dejemos que otros usen sólo sus bocas, pero en cuanto a nosotros, exclamemos: “Bendice, alma mía, a Jehová”.

Versículo 2. *Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre.* Ni uno de sus tratos divinos debe ser olvidado, son todos realmente beneficiosos para nosotros, todos dignos de él, y todos temas de alabanza. La memoria es muy traicionera en cuanto a las mejores cosas. Por una extraña perversidad engendrada por la Caída, atesora la basura del pasado y deja que los tesoros inapreciables queden olvidados. Es tenaz con respecto a las ofensas y trata los beneficios con demasiada liviandad. Necesita espoleadas para cumplir su deber, aunque ese deber debiera ser su delicia. Observemos que apela a todo lo que está en él para recordar todos los beneficios del Señor. Para cumplir nuestra tarea tenemos que recurrir apropiadamente a nuestras energías. La totalidad de Dios no puede ser alabada con menos que nuestra totalidad. Lector, ¿acaso no tenemos razones suficientes en este momento para bendecir a Aquel que nos bendice a nosotros? A ver, leamos nuestros diarios y veamos si no encontramos favores especiales allí registrados por los cuales no hemos dado gracias. Recordemos cómo el rey persa, cuando no podía dormir, leyó las crónicas del imperio y que alguien que había salvado su vida nunca había sido recompensado. ¡Cuán pronto lo honró! El Señor nos ha salvado con una salvación grande, ¿no lo recompensaremos? El nombre de ingrato es uno de los más vergonzosos que uno puede tener, no podemos contentarnos con correr el riesgo de que ese sea nuestro nombre. Despertémonos, pues, y bendigamos a Jehová con un entusiasmo intenso.

Versículo 3. *Él es quien perdona todas tus iniquidades.* Aquí comienza David su lista de bendiciones recibidas, que presenta como las razones de su alabanza. Selecciona unas pocas de las perlas más preciosas del cofre de amor divino, las enhebra en el hilo de la memoria, y las coloca en el cuello del agradecimiento. El pecado perdonado es, según nuestra experiencia, uno de los estímulos más especiales de la gracia, uno de los primeros regalos de su misericordia; de hecho, la preparación necesaria para disfrutar de todo lo que viene después. Hasta que la iniquidad es perdonada, la sanidad, la redención y la satisfacción son bendiciones desconocidas. El perdón es primero en el orden de nuestra experiencia espiritual, y en algunos sentidos, primero en valor. El perdón concedido está en tiempo presente: “perdona”, es continuo porque sigue perdonando, es divino porque es Dios quien lo da, abarca mucho porque nos quita los pecados; incluye los pecados de omisión al igual que de comisión, pues ambos son iniquidades; y es muy eficaz, porque es tan real como la sanidad y el resto de las misericordias con las que es colocado. *El que sana todas tus dolencias.* Cuando la causa desaparece, concretamente la iniquidad, los efectos cesan. Las enfermedades del cuerpo y del alma aparecieron en el mundo por el pecado, y cuando el pecado es erradicado, las enfermedades corporales,

mentales y espirituales desaparecerán hasta que: “No dirá el morador: Estoy enfermo” (Isa. 33:24). El carácter de nuestro Padre celestial tiene muchas facetas, pues, habiendo perdonado como juez, luego sana como médico. Es todo para nosotros cuando llevamos a él nuestras necesidades y nuestras enfermedades, éstas lo revelan en nuevas facetas.

Dios da eficacia a los medicamentos para nuestro cuerpo, y su gracia santifica el alma. Espiritualmente, estamos diariamente bajo su cuidado, y nos visita como el cirujano visita al paciente; sanando (porque esa es la palabra exacta) cada dolencia a medida que aparece. Ninguna enfermedad de nuestra alma sobrepasa su habilidad, él sigue sanando todo y continuará haciéndolo hasta que el último vestigio de mancha ha desaparecido de nuestra naturaleza. Las dos “todas” de este versículo son más razones para que todo lo que tenemos en nuestro interior alabe al Señor. El salmista estaba disfrutando personalmente de las dos bendiciones mencionadas en este versículo, no se refería a la experiencia de otros, sino de él mismo, o mejor dicho de su Señor, quien lo perdonaba y sanaba cotidianamente. Tiene que haber sabido que así era, de otro modo no hubiera podido cantar de ello. No tenía ninguna duda al respecto, sentía en su alma que así era, y, por lo tanto, instó a su alma perdonada y restaurada a bendecir al Señor con todas sus fuerzas.

Versículo 4. *El que rescata del hoyo tu vida.* Por su compra y su poder, el Señor nos redime de la muerte espiritual en que habíamos caído, y de la muerte eterna que hubiera sido su consecuencia. Si no se hubiera quitado la pena de muerte, nuestro perdón y saneamiento hubieran sido porciones incompletas de la salvación, sólo fragmentos, y de poco valor. Pero la eliminación de la culpa y del poder del pecado sucede perfectamente al anular la sentencia de muerte que habíamos recibido. Gloria sea a nuestro gran sustituto quien nos libró de caer en el hoyo, al darse a sí mismo para ser nuestro rescate. La redención será siempre una de las notas más dulces del canto agradecido del creyente. *El que te corona de favores y misericordias.* Nuestro Señor no hace las cosas a medias, no detendrá su mano hasta haber hecho todo lo posible por su pueblo. Limpieza, sanidad, redención, no bastan, los hará reyes y los coronará, y la corona es mucho más valiosa que si hubiera sido hecha de cosas corruptibles, como la plata y el oro; está adornada de gemas de gracia y forrada con el terciopelo de su bondad; está decorada con las joyas de misericordia, pero forrada con ternura que la hace suave al usarla en la cabeza. ¡Quién es como tú, Señor! Dios mismo corona a los príncipes de su familia, porque las mejores cosas proceden directa y distintamente de él. La corona no se gana, porque es por gracia, no por mérito. Sienten que no son dignos de ella, por lo tanto, él los trata con ternura. Está decidido a bendecirlos, y, por lo tanto, siempre los está coronando poniendo en sus sienes la diadema de misericordia y compasión. Siempre corona la obra que inicia, y donde da perdón da también aceptación. Nuestros pecados nos privan de todos nuestros honores; la confiscación de nuestros bienes ha sido decretada contra nosotros como traidores; pero Aquel que quita la sentencia de muerte al redimirnos de la destrucción, nos devuelve más que nuestros honores de antes al volver a coronarnos. ¿Nos coronará Dios y no vamos nosotros a coronarlo a él?

Levántate, alma mía, pon tu corona a sus pies, y adóralo con la más humilde reverencia, a él que tanto te ha exaltado al sacarte del estercolero y colocarte entre los príncipes.

Versículo 5. *El que sacia de bien tu boca, o más bien “llena de bien tu alma”. Nadie jamás está lleno de satisfacción excepto el creyente, y sólo Dios mismo puede satisfacerlo aun a él. Muchos mortales están saciados, pero ninguno está satisfecho... De modo que te rejuvenezcas como el águila.* La renovación de las fuerzas, que equivale a sentirse revivido, le fue dada al salmista; fue rejuvenecido, y se veía tan vigoroso como un águila cuyos ojos pueden mirar directamente al sol, y cuyas alas pueden remontar más alto que la tormenta.

Versículo 11. *Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen.* La misericordia de Dios no tiene límites para sus escogidos. No se puede medir así como no se puede medir la altura del cielo o del cielo de los cielos. “Como la altura de los cielos” implica otros puntos de comparación además de la extensión, y sugiere lo sublime, la grandeza y gloria. Así como las alturas de los cielos cubren la tierra, la riegan con rocíos y lluvias, la iluminan con el sol, la luna y las estrellas, y la vigilan sin cesar, así también la misericordia de Dios desde las alturas cubre a todos sus escogidos, los enriquece, los abraza y permanece siempre como su morada. ¿Quién puede alcanzar la primera de las estrellas, y quién puede medir los límites del universo lleno de estrellas? No obstante, ¡qué grande es su misericordia! Toda esta misericordia es para “los que le temen”; pero tenemos que sentir una reverencia humilde y fuerte por su autoridad, de otra manera no podemos experimentar su gracia. El temor santo es uno de los primeros productos de la vida divina en nosotros, es el principio de la sabiduría, y le asegura totalmente al que lo posee, todos los beneficios de la misericordia divina y es, ciertamente aquí y en otras partes, utilizado para presentar la totalidad de la verdadera religión. Muchos verdaderos hijos de Dios están llenos de temor filial, y aún así se sienten ansiosos, porque no están seguros de que Dios los haya aceptado. Esta ansiedad no tiene razón de ser, pero es mucho más preferible a esa presunción infame que incita a los hombres a jactarse de su adopción y consecuente seguridad, cuando en realidad tienen el descaro de estar dominados por la amargura. Aquellos que se jactan de la amplitud infinita de la misericordia divina, consideren en este momento que aunque es tan extensa como el horizonte y alta como las estrellas, es sólo para los que temen al Señor. Y en lo que respecta al rebelde obstinado, recibirá justicia sin misericordia.

Versículo 12. *Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.* ¡Un versículo glorioso, no hay otras palabras en la página inspirada que lo pueda sobrepasar! ¡El pecado nos es quitado por un milagro de amor! Qué peso para quitar y alejar de nosotros, y sin embargo, es alejado tanto que la distancia es incalculable. Volemos la distancia que las alas de la imaginación nos permitan, y si cruzamos el espacio hacia el oriente, estamos más lejos del occidente con cada batir de nuestras alas. Si el pecado es llevado tan lejos, podemos estar seguros de que su rastro, sus vestigios, el recuerdo mismo de él, tuvieron que haber desaparecido completamente. Si esta es la distancia a la que es alejado, no hay ni sombra de duda de que jamás volverá

a ser traído; ni Satanás mismo podría realizar tal tarea. Nuestros pecados han desaparecido, Jesús cargó con ellos y se los llevó. Cuanto está lejos el lugar del amanecer al del atardecer cuando el sol ha acabado su recorrido diurno, así de lejos fueron alejados nuestros pecados por el chivo expiatorio hace diecinueve siglos, y ahora si alguien los busca, no los podrán encontrar; efectivamente, no volverán a existir, dice el Señor. Ven, alma mía, despierta completamente y glorifica al Señor por ésta, la más rica de las bendiciones. Aleluya. Sólo el Señor pudo quitar el pecado y lo ha hecho de un modo divino, dándole una limpieza final a todas nuestras transgresiones.

Versículo 15. *El hombre, como la hierba son sus días.* Vive de la hierba y vive como la hierba. El maíz no es más que hierba cultivada, y el hombre que se alimenta de él, es partícipe de su naturaleza. La hierba vive, crece, florece, cae bajo la guadaña, se seca y es quitada del campo. Volvamos a leer esta frase y encontraremos en ella la historia del hombre. Si vive el lapso normal de su vida, al final es cortado; pero es mucho más probable que se secará antes de llegar a la madurez, o será súbitamente arrancado mucho antes de que se haya cumplido su tiempo. *Florece como la flor del campo.* Es una hermosura y un encanto como lo son los prados cuando están cubiertos de florcitas amarillas, pero, ¡ay, qué poco duran! ¡Florece pero qué pronto se marchitan, un destello de hermosura y después nada! El hombre ni siquiera es como una flor en el invernadero o a la orilla resguardada del jardín. Crece mejor como parte de la naturaleza, como lo hace la flor del campo; y como la flor desprotegida que embellece el prado, corre miles de riesgos de llegar a un final súbito. Una congregación grande, con sus atuendos de muchos colores, nos recuerdan siempre al prado con sus muchos colores y la comparación se vuelve tristemente cierta cuando reflexionamos que, así como la hierba y su atractivo pronto pasan, lo mismo sucederá con todos los que están a nuestro alrededor, junto con toda su hermosura. Así, también, tiene que ser con todo lo que procede de la carne, aun sus excelencias más grandes y sus virtudes naturales, porque “lo que es nacido de la carne, carne es”, y por lo tanto, es como hierba que se marchita en cuanto el viento la asola. Felices son los que, nacidos de lo Alto, tienen en ellos la semilla incorruptible que vive y permanece para siempre.

Versículo 18. No obstante, los hijos del justo no son objeto de la misericordia de Dios sin estipulaciones, y este versículo completa la afirmación del anterior agregando: *Sobre los que guardan su pacto, y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra.* Los padres tienen que ser obedientes y también deben serlo los hijos. Se nos pide aquí que respetemos el pacto, y aquellos que se apresuran a confiar en otra cosa distinta a la obra consumada de Jesús no se cuentan entre los que obedecen este precepto. Aquellos con quienes se hizo el pacto se mantienen firmes en él, y habiendo sido iniciados en el Espíritu, no pretenden llegar a ser perfectos en la carne. Los que son verdaderamente del Señor guardan cuidadosamente sus mandatos: se “acuerdan”; los en la práctica: “para ponerlos por obra”. Además no eligen cuáles observar sino que recuerdan “sus mandamientos” como tales, sin exaltar a uno sobre otro según les place o según les conviene. Sean nuestros hijos serios, cuidadosos y obedientes, ansiosos por conocer la voluntad del Señor, y prontos para seguirla totalmente. Entonces su

misericordia los enriquecerá y honrará de generación en generación. Este versículo también sugiere alabanza, porque ¿quién querría que el Señor diera su beneplácito a los que no tienen en cuenta sus caminos? Eso sería alentar los vicios. Por la manera como algunos predicán desaprensivamente el pacto, podríamos inferir que Dios bendice a cierto tipo de hombres no importa cómo vivan y cómo descuiden sus leyes. Eso no es lo que enseña la Palabra. El pacto no es legal, pero es santo. Es todo por gracia de principio a fin, pero aún así no consiente el pecado; al contrario, una de sus promesas más grandes es: “Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré” (Heb. 10:16). Su objetivo general es la santificación de un pueblo para Dios, celoso de buenas obras, y todos sus dones y operaciones obran en esa dirección. La fe guarda el pacto mirando sólo a Jesús; y a la vez, con sincera obediencia recuerda los mandamientos de Dios para cumplirlos.

Versículo 19. *Jehová estableció en los cielos su trono.* Este es un gran irrumpir en canto ante la vista del poder sin límites, y la soberanía gloriosa de Jehová. Su trono ha sido fijado; está establecido, decidido, inamovible.

En cuanto a su gobierno, no hay motivo de alarma, ni desorden... nada de apurarse de acá para allá por conveniencia, ninguna sorpresa para enfrentar, ni catástrofes inesperadas de las cuales protegerse: todo está establecido y fijo, y él mismo lo ha establecido y fijado. No es un soberano delegado cuyo trono fue preparado por otro... su dominio surge de él mismo y es sustentado por su propio poder innato. Esta soberanía sin paralelos es la promesa de nuestra seguridad, el pilar sobre el cual nos podemos apoyar con confianza. Y su reino gobierna sobre todo. Extiende su cetro sobre todo el universo. Reina universalmente en el presente, siempre lo ha hecho y siempre lo hará. A nosotros el mundo nos puede parecer plagado de anarquía, pero él pone orden en medio de la confusión. Los elementos militares marchan bajo su estandarte cuando avanzan violentamente como un estruendo enardecido. Grandes y pequeños, inteligentes y materialistas, dispuestos y no dispuestos, fieros o amables: todos, todos están bajo su dominio. La suya es la única monarquía universal, es el bendito y único Potentado, Rey de reyes y Señor de señores. Una vista clara de su providencia suprema, incansable y universal, es uno de los encantos de los dones espirituales; el que los tiene no puede menos que bendecir al Señor con toda su alma. Así es como el dulce cantor puso en un himno los diversos atributos del Señor como los vemos en la naturaleza, en su gracia y providencia, y por último reúne todas sus energías para una exclamación final de adoración a la que anhela que todos se sumen, ya que todos son súbditos del Gran Rey.

Salmo 133

TÍTULO. *Un cántico gradual de David. No vemos razón alguna para negarle a David la autoría de este fulgurante soneto. Él conocía por experiencia la amargura ocasionada*

por las divisiones en las familias, y estaba bien preparado para celebrar en una exquisita salmodia la bendición de la unidad por la cual suspiraba. Entre los “cánticos graduales”, este himno ha obtenido sin duda un reconocimiento especial y aun en la literatura común es citado con frecuencia por su fragancia y frescura. En este salmo no hay ninguna palabra irónica, todo es “dulzura y luz”: un notable cambio del Salmo 110 con el que los peregrinos iniciaron su viaje. Aquel está lleno de guerra y lamentaciones, pero éste canta de paz y de delicias. Los visitantes a Sión estaban por regresar, y éste quizá haya sido su himno de gozo porque habían visto tanta unidad entre las tribus que se habían reunido alrededor del altar común. El salmo anterior, que canta acerca del pacto, también había revelado el centro de la unidad de Israel en el ungido del Señor y las promesas hechas a él. No es de extrañar que los hermanos vivan unidos cuando Dios vive entre ellos, y encuentra su descanso en ellos. Algunas versiones incluyen un admirable encabezamiento explicativo que dice: “El beneficio de la comunión de los santos”. Los que redactan estos encabezamientos con frecuencia aciertan el significado de un pasaje en pocas palabras.

Versículo 1. Mirad. Es una maravilla pocas veces vista, por lo tanto ¡a prestar atención! Es visible, porque es la característica de los verdaderos santos; por lo tanto ¡no dejen de examinarla! Bien vale la pena admirarla; ¡hagan una pausa y contémplesla! ¡Les encantará tanto que querrán imitarla, por lo tanto, véanla bien! Dios la observa con su aprobación, por lo tanto, considérenla con atención. *¡Cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!* Es imposible describir la excelencia extrema de tal condición; y por eso el salmista usa dos veces la palabra “cuán”: ¡Mirad cuán bueno! ¡Mirad cuán delicioso! No intenta medir lo bueno ni lo delicioso, sino que nos invita a mirarlo con nuestros propios ojos. La combinación de los dos adjetivos “bueno” y “delicioso” es más admirable que la conjunción de dos estrellas de primera magnitud: que algo sea “bueno” es bueno, pero que también sea delicioso es mejor. A todos les gustan las cosas deliciosas, pero sucede con frecuencia que la delicia es mala; pero aquí la condición es tan buena como deliciosa, tan deliciosa como buena, porque el mismo “cuán” ha sido colocado antes de cada palabra calificativa.

Que los hermanos según la carne habiten juntos no es siempre sabio, porque la experiencia enseña que es mejor que estén un poquito aparte, y es vergonzoso que habiten juntos pero desunidos. Mejor que se separen en paz como Abraham y Lot, a que habiten juntos dominados por la envidia como los hermanos de José. Cuando los hermanos pueden habitar juntos en unidad y de hecho lo hacen, entonces su comunión merece ser contemplada y cantada en la salmodia sagrada. Tales espectáculos debieran verse con frecuencia entre los que son parientes, porque son familia, y por lo tanto debieran ser unidos de corazón y en sus propósitos. Habitan juntos, y es por su bienestar mutuo que no debiera haber conflictos; y no obstante ¡cuántas familias son destrozadas por feroces conflictos y son un espectáculo que no es ni bueno ni delicioso!

En cuanto a los hermanos en el espíritu, deben habitar juntos en comunión en la iglesia, y una característica esencial de esa comunión es la unidad. Podemos prescindir

de la uniformidad si poseemos unidad; unidad de vida, verdad y camino; unidad en Cristo Jesús; unidad de objetivo y espíritu: esto es imprescindible, de otra manera nuestras asambleas serán sinagogas de disputas en lugar de iglesias de Cristo. Cuanto más cercana la unidad, mejor es, porque habrá más de lo bueno y de lo delicioso. Dado que somos seres imperfectos, algo de lo malo y de lo desagradable seguramente se introducirá; pero esto será neutralizado enseguida y fácilmente expulsado por el amor verdadero de los santos, si realmente existe. La unidad cristiana es buena en sí, buena para nosotros mismos, buena para los hermanos, buena para nuestros convertidos, buena para el mundo fuera de la iglesia; y por cierto es deliciosa, porque un corazón amante se complace y da complacencia cuando se asocia con otros de su misma naturaleza. Una iglesia unida durante años en su servicio consagrado al Señor es una fuente de bondad y gozo para todos los que habitan a su alrededor. *Es como el buen óleo sobre la cabeza.* A fin de que podamos comprender mejor la unidad fraternal, David nos da una comparación, para que, como a través de un cristal, podamos percibir de cuánta bendición es. Tiene un dulce perfume, comparable con el óleo preciado con el cual el sumo sacerdote era ungido en su ordenación. Es algo sagrado, también es como el óleo de la consagración destinado a ser usado únicamente para el servicio del Señor. ¡Qué cosa sagrada ha de ser el amor fraternal para que pueda ser comparado con un óleo que nunca debe ser echado sobre nadie excepto sobre el sumo sacerdote del Señor! Es algo que se difunde: al ser echado sobre su cabeza, el óleo aromático bajaba por la cabeza de Aarón, y luego goteaba sobre sus vestiduras hasta que aun el borde de ellas era ungido; y de la misma manera extiende el amor fraternal su poder benigno fraternal y bendice a todos los que están bajo su influencia. La concordia desbordante trae una bendición sobre todos los involucrados; su bondad y delicia son compartidas por los miembros más humildes de la familia; aun los sirvientes son mejores y más felices por la hermosa unidad entre los miembros de la familia. Tiene un uso especial, porque así como el óleo para ungir a Aarón era apartado para un servicio especial a Jehová, los que permanecen en el amor son lo que están mejor preparados para glorificar a Dios en su iglesia.

No es nada probable que el Señor use para su gloria a los que carecen de amor: carecen del unguimento necesario para llegar a ser sacerdotes del Señor. El óleo corría y unguía hasta la barba de Aarón. Éste es el punto principal de la comparación, que como el óleo no se quedaba confinado al lugar donde fue echado originalmente, sino que chorreaba por el cabello del sumo sacerdote y humedecía su barba, el amor fraternal que desciende por la cabeza, unge al ir extendiéndose, perfumando todo lo que toca a su paso. Bajaba por la falda de sus vestiduras. Una vez que empezaba a correr, no se detenía. Puede parecer que hubiera sido mejor no manchar las vestiduras con el óleo, pero el unguento sagrado no podía ser frenado, fluía sobre sus vestiduras santas. De la misma manera, el amor fraternal no sólo fluye por los corazones donde fue echado al principio, y desciende a la parte humilde del cuerpo místico de Cristo, corre por donde no se tuvo la intención que corriera, sin preguntar ni pedir permiso para ir avanzando. El amor cristiano no tiene límites de parroquias, naciones, sectas o edades. ¿Es el hombre un creyente en Cristo? Entonces es parte del cuerpo, y debo concederle un amor duradero. ¿Es uno de los más pobres, uno de los menos espirituales, uno de los más antipáticos?

Entonces es como la falda de la vestidura, y nuestro amor debe caer aun sobre él. El amor fraternal procede de la cabeza, pero cae hasta los pies. Su camino es hacia abajo. “Descendía” y “bajaba”. El amor por los hermanos desciende a los que poseen poco; no se envanece sino que es modesto y humilde. Esta no es una parte insignificante de su excelencia: el óleo no hubiera ungido si no hubiera descendido, tampoco el amor fraternal difunde su bendición si no desciende.

Versículo 3. *Como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion.* Desde las montañas más altas a los cerros más bajos cae el rocío de Hermón sobre Sion. Las alpinas montañas del Líbano ministran a la altura más baja en que está la ciudad de David; de la misma manera, el amor fraternal desciende de lo más alto a lo más bajo, refrescando y vivificando todo a su paso. La concordia santa es como el rocío, misteriosamente bendita, llena de vida y crecimiento para todas las plantas de la gracia. Trae consigo tanta bendición que no es como el rocío común, sino como el de Hermón que es especialmente copioso y de mucho alcance. La frase coincide con la figura ya usada y presenta una segunda similitud a la difusión descendiente de la unidad fraternal. *Porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna.* O sea a Sión, o mejor aún, al lugar donde abunda el amor fraternal. Donde reina el amor reina Dios. Donde el amor anhela bendiciones, allí manda Dios su bendición. Dios no tiene más que mandar, y ya se hace. Se complace tanto de ver a sus hijos queridos felices los unos con los otros que los hace felices con él. Da especialmente su mejor bendición de vida eterna, porque amor es vida. Al habitar juntos en amor hemos comenzado a disfrutar de la eternidad, y esto no nos será quitado. Amemos para siempre y viviremos para siempre. Esto hace de la hermandad cristiana algo bueno y delicioso; cuenta con la bendición de Jehová, y no puede ser más que sagrado como el “buen óleo”, y celestial como “el rocío de Hermón”. ¡Oh que tuviéramos más de esta escasa virtud! No del amor que va y viene, sino el que permanece. No ese espíritu que separa y aísla, sino el que habita unido; no la mente que lo único que quiere es debatir y crear diferencias, sino aquello que habita junto en unidad. Nunca conoceremos el poder total del unguimiento hasta no ser de un corazón y un espíritu. Nunca descenderá el rocío del Espíritu con toda su plenitud hasta que estemos perfectamente unidos en una misma mente. Nunca se manifestará la bendición pactada y mandada del Señor nuestro Dios en tanto no tengamos “un Señor, una fe, un bautismo”. Señor, guíanos hacia esta unidad espiritual inigualada, en el nombre de tu Hijo. Amén.

Salmo 138

TÍTULO. *Salmo de David. Este salmo está colocado en el lugar apropiado. El que haya editado y organizado los poemas sagrados, tenía un criterio excelente para reconocer las aposiciones y los contrastes, porque así como en el Salmo 137:1-9 vemos la*

necesidad del salmista de guardar silencio ante sus hostigadores, aquí vemos la excelencia de una confesión valiente. Hay un tiempo para guardar silencio, para que las perlas no sean arrojadas a los cerdos; y hay un tiempo para hablar abiertamente, no suceda que seamos hallados culpables de la cobardía de no confesar. El salmo es evidentemente de un carácter davídico, exhibiendo toda la fidelidad, valentía y determinación de ese Rey de Israel y Príncipe de los Salmistas. Por supuesto que los críticos han tratado de negarle la autoría a David debido a la mención del templo, aunque en otro salmo adjudicado a David aparece la misma palabra. Muchos críticos modernos son a la palabra de Dios lo que una moscarda es a la comida del hombre: no es nada bueno, y a menos que se la espante sin pausa, hace grandes daños.

Versículo 1. *Te alabaré con todo mi corazón.* Su mente está tan llena de Dios que no menciona su nombre: para él no hay otro Dios, y Jehová es tan perfectamente comprendido y tan íntimamente conocido, que al salmista, al dirigirse a él, ni se le ocurre mencionar su nombre, como no se nos hubiera ocurrido si habláramos con nuestro padre o con un amigo. Ve a Dios en su mente, y sencillamente se dirige a él con el pronombre “Te”. Está decidido a alabar a Dios, y a hacerlo con toda la fuerza de su vida, hasta con todo su corazón. No se prestaría a actuar restringido por las opiniones de otros; sino que en la presencia de los opositores del Dios viviente sería tan entusiasta en su adoración como si todos fueran amigos y se unieran contentos a él. Si otros no alaban al Señor, con más razón hemos de hacerlo nosotros, y debemos hacerlo con ardiente entusiasmo. Necesitamos un corazón quebrantado para llorar nuestros pecados, pero también un corazón lleno de alabanza por las perfecciones del Señor. Si alguna vez el corazón ha de estar total y absolutamente ocupado con una cosa, debe ser cuando estamos alabando al Señor. *Delante de los dioses te cantaré salmos.* ¿Por qué habrían estos ídolos de robarle a Jehová sus alabanzas? El salmista no suspenderá ni por un momento sus cantos porque tiene imágenes delante de él y sus necios adoradores quizá no aprueben de su música. Yo creo que David se refería a los dioses falsos de las naciones vecinas, y las deidades del remanente cananeo. No siente agrado de que se hayan colocado esos dioses, sino que quiere expresar inmediatamente su desprecio por ellos y lo abortó que estaba en la adoración a Jehová viviente al seguir cantando de todo corazón dondequiera que se encontrara. Sería darles demasiado respeto a estos ídolos muertos si dejara de cantar porque habían sido puestos en un pedestal. En estos días cuando a diario aparecen nuevas religiones, y se crean nuevos dioses, es bueno saber cómo actuar. Está prohibido sentir amargura, y la controversia tiende a publicitar la herejía. El mejor método de todos es seguir adorando al Señor personalmente con un celo firme, cantando alabanzas al Rey con el corazón y la voz. ¿Niegan ellos la divinidad de nuestro Señor? Adorémosle con más fervor. ¿Desprecian la expiación? Proclamémosla con más constancia. Si se hubiera dedicado la mitad del tiempo a alabar al Señor en lugar de dedicarlo a concilios y controversias, la iglesia sería mucho más firme y fuerte de lo que es en este momento. La Legión de los que cantan Aleluya sería victoriosa. Alabar y cantar son nuestra armadura contra las idolatrías de la herejía, nuestro consuelo en la depresión causada por ataques insolentes a la verdad, y nuestras armas

para defender el evangelio. La fe, demostrada con alegre valentía, es sagradamente contagiosa. Otros aprenden a creer en el Altísimo cuando ven a su siervo “Tranquilo en medio de gritos desconcertantes, seguros de la victoria”.

Versículo 2. *Me postraré hacia tu santo templo*, o sea el lugar donde tiene Dios su morada, donde permanecía el arca. Él adoraría a Dios exactamente como Dios quería. El Señor había ordenado un centro de unión, un lugar de sacrificio, una casa donde él mismo moraba; y David aceptó la manera de adorar impuesta por revelación. De igual modo, el verdadero creyente de esta época no debe caer en la adoración supersticiosa, ni la adoración salvaje del escepticismo, sino adorar reverentemente como el mismo Dios manda. Los dioses ídolos tenían sus templos; pero David evita verlos, y concentra su mirada en el lugar escogido por el Señor para su propio santuario. No hemos solamente de adorar al Dios verdadero, sino hacerlo del modo que él mismo ha dispuesto: el judío miraba hacia el templo, nosotros debemos mirar a Jesús, el templo viviente de la divinidad.

Y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad. La alabanza era la parte principal de la adoración de David; el nombre o el carácter de Dios el gran objeto de su canto; y el punto especial de su alabanza: la gracia y la verdad que se veía tan conspicuamente en ese nombre. La persona de Jesús es el templo de la divinidad, y allí contemplamos la gloria del Padre, “lleno de gracia y de verdad”. Es en estos dos puntos que el nombre de Jehová domina en este momento: su gracia y su verdad. Se dice que es demasiado severo, demasiado terrible, y por ello, el “pensamiento moderno” desplaza al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y pone en su lugar una deidad afeminada de su propia fabricación. En cuanto a nosotros, creemos firmemente que Dios es amor, y cuando tomamos todo en cuenta, veremos que el infierno mismo no contradice al amor de Jehová, sino que es una parte necesaria de su gobierno moral ahora que el pecado se ha infiltrado en el universo. El verdadero creyente escucha los truenos de la justicia, y sin embargo no duda de su bondad. Nos deleitamos especialmente en el gran amor de Dios por sus escogidos, como el que demostró hacia Israel como una raza, y más especialmente a David y su semilla cuando hizo un pacto con él. En relación con esto hay mucho que alabar. Pero en nuestra época, los hombres no sólo atacan la bondad de Dios, sino que la verdad de Dios es asediada por todas partes. Algunos dudan la verdad del registro inspirado en relación con sus historias, otros desafían sus doctrinas, muchos se burlan de las profecías. De hecho, la palabra infalible del Señor es tratada ahora como si fuera la escritura de impostores, y sólo digna de ser criticada. Los cerdos están pisoteando las perlas en la actualidad, y nada los detiene; no obstante, las perlas siguen siendo perlas, y brillarán alrededor de la cabeza de nuestro Monarca. Cantamos del amor y la verdad de Dios del Antiguo Testamento: “Dios de toda la tierra será llamado”. David frente a los falsos dioses primero cantó, luego adoró y después proclamó la gracia y verdad de Jehová; hagamos nosotros lo mismo ante los ídolos de la Nueva Teología.

Porque has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas. La promesa hecha a David era para él más gloriosa que ninguna otra cosa que hubiera visto del Altísimo. La revelación sobrepasa a la creación en la claridad, lo definitivo y la plenitud

de su enseñanza. El nombre del Señor en la naturaleza no puede leerse tan fácilmente como en las Escrituras, las cuales son una revelación en lenguaje humano, adaptadas especialmente para la mente humana, un ocuparse de la necesidad humana y de un Salvador que apareció con una naturaleza humana para redimir a la humanidad. El cielo y la tierra pasarán, pero la palabra divina no pasará, y en este respecto especialmente, tiene una preeminencia sobre cualquier otra forma de manifestación. Además, el Señor ha magnificado su nombre como tributo a su Palabra: su sabiduría, poder, amor, y todos sus demás atributos se combinan para cumplir su palabra. Su palabra es lo que crea, sostiene, aviva, ilumina y consuela. Como palabra de autoridad es suprema; y la persona de la Palabra encarnada está por sobre todas las obras de las manos de Dios. La frase en el texto está maravillosamente llena de significado. Hemos coleccionado una enorme colección de literatura sobre el tema, pero el espacio no nos permite incluirla toda en nuestras notas. Adoremos al Señor quien nos ha hablado por medio de su palabra y por medio de su Hijo; y en la presencia de los inconversos alabemos su santa nombre y ensalcemos su santa palabra.

Versículo 3. *El día que clamé, me respondiste.* La prueba más convincente es la de la experiencia. Nadie duda del poder de la oración después de haber recibido una respuesta de paz a sus súplicas. La característica que distingue al verdadero Dios viviente es que escucha las plegarias de su pueblo y las contesta. Los dioses no oyen ni contestan, pero la placa conmemorativa de Jehová dice: “El Dios que escucha las oraciones”. Hubo una ocasión especial en que David clamó con más vehemencia que de costumbre: estaba débil, herido, preocupado y descorazonado. Entonces, como un niño “clamó”: clamó a su Padre. Fue una oración amarga, sincera, ansiosa, tan natural y tan lastimera como el llanto de un infante. El Señor la contestó, pero ¿qué respuesta puede haber a un clamor, un lamento silencioso de dolor? Nuestro Padre celestial puede interpretar las lágrimas, los clamores y da su respuesta a los sentimientos interiores de tal manera que satisface completamente las necesidades. La respuesta llegó el mismo día que ascendió el clamor: así de rápido asciende la oración al cielo, así de rápido vuelve la misericordia a la tierra. La afirmación de esta frase es una que todos los creyentes pueden hacer, y al poder corroborarlo con muchos hechos, deben anunciarlo con audacia, porque es absolutamente toda para la gloria de Dios. Bien puede decir el salmista “adoraré” cuando se sentía impulsado a decir “Me respondes”. Bien puede gloriarse ante los ídolos y sus adoradores cuando recuerda las respuestas a las oraciones que había recibido en el pasado. Esto también es la defensa nuestra contra las herejías modernas: no podemos abandonar al Señor, porque él ha escuchado nuestras oraciones. Y fortalece poderosamente nuestra alma. Esta era una verdadera respuesta a su oración. Si la carga no era quitada, pero recibía las fuerzas para soportarla, igualmente era un método efectivo para ayudar. Quizá no sea lo mejor para nosotros que un problema se resolviera; podría ser mucho mejor que por su presión aprendiéramos a tener paciencia. Dulces son los usos de la adversidad, y nuestro Padre prudente en los cielos no nos priva de esos beneficios. La fuerza impartida al alma es un beneficio inestimable. Significa valentía, fortaleza, seguridad, heroísmo. Por su palabra y Espíritu, el Señor puede dar valentía al que tiembla, sanidad al enfermo, nuevos bríos al cansado. Esta alma podrá entonces

seguir adelante. El que ha sido fortalecido para una emergencia sigue vigoroso toda la vida, y está preparado para encarar los problemas y sufrimientos futuros; a menos que cambie su fuerza por incredulidad u orgullo o algún otro pecado. Cuando Dios fortalece, nadie puede debilitar. Nuestra alma está realmente fuerte cuando el Señor nos infunde su poder.

Versículo 4. *Te alabarán, oh Jehová, todos los reyes de la tierra, porque han oído los dichos de tu boca.* Por lo general, los reyes tienen poco interés en escuchar la palabra del Señor, pero el Rey David se siente seguro de que si la oyen sentirán su poder. Un poco de devoción cuenta para mucho en las cortes, pero vienen días mejores en que los gobernantes se convertirán en oidores y adoradores: ojalá que se apresure la llegada de esos tiempos felices. ¡Qué asamblea! “¡Todos los reyes de la tierra!” ¡Qué propósito! Reunidos para escuchar las palabras de la boca de Jehová. ¡Qué predicador! David mismo ensaya las palabras de Jehová. ¡Qué adoración! Cuando todos unidos levanten sus cantos al Señor. Los reyes son como dioses en la tierra, y hacen bien cuando adoran al Dios de los cielos. El camino de la conversión es la misma para los reyes que para nosotros. La fe para ellos también llega por el oír y el oír por la Palabra de Dios. Felices son los que causan que la palabra del Señor penetre en los palacios, porque los ocupantes de los tronos por lo general son los últimos en conocer los sonidos gozosos del evangelio. A David, el rey, le importaba el alma de los reyes, y es bueno que cada uno mire primero a los que ocupan puestos similares al de uno mismo. Empezó su obra de testimonio totalmente seguro de su éxito: pensaba decir sólo las palabras de la boca de Jehová, y se sentía seguro que los reyes escucharían y alabarían a Jehová.

Versículo 5. *Y cantarán de los caminos de Jehová.* Aquí hay una maravilla doble: los reyes en los caminos de Dios y reyes cantando allí. Cuando conocemos los caminos de Jehová, encontramos abundantes razones para cantar; pero lo difícil es traer a los grandes de la tierra a caminos tan poco atractivos para la mente carnal. Quizá cuando Dios nos envíe un Rey David para predicar, veremos monarcas convertidos y escucharemos sus voces elevadas en devota adoración. Porque grande es la gloria del SEÑOR. Esta gloria eclipsa la grandeza y gloria de todos los reyes: ellos se conmoverán para obedecer y adorar al verla. ¡Oh que la gloria de Jehová se revelara ahora mismo! ¡Oh que los ojos ciegos de los hombres pudieran contemplarla, entonces sus corazones se someterían en una reverencia gozosa! David, con un sentimiento de la gloria de Jehová exclamó: “Te cantaré” (Sal. 138:1), y presentó aquí a los reyes haciendo lo mismo.

Versículo 6. *Porque Jehová es excelso.* Jehová es más excelso que los más excelsos en grandeza, dignidad y poder. Su naturaleza sobrepasa la comprensión de sus criaturas, y su gloria excede aun el más impresionante fruto de la imaginación. *Y atiende al humilde.* Los mira con beneplácito, piensa en ellos con interés, escucha sus oraciones y los protege del mal. Porque ellos se estiman poco, él los estima mucho. Ellos le tienen reverencia, y él los respeta. Se consideran de humilde posición, y él los considera de alta posición. *Mas al altivo mira de lejos.* No tiene que acercarse a ellos para descubrir su total vanidad: una mirada de lejos le revela su vaciedad y lo desagradable que son. No tiene comunión con ellos, sino que los mira desde lejos. No es engañado, sino que sabe la

verdad acerca de ellos, a pesar de lo que pretenden ser. No los respeta, sino que los aborrece. El Señor no sintió respeto por el sacrificio de Caín, la promesa de faraón, la amenaza de Rabsaces ni la oración del fariseo. Nabucodonosor, cuando estaba lejos de Dios, exclamó: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué?”, pero el Señor lo conocía y lo mandó a pastar con el ganado. Los hombres orgullosos se jactan de su cultura de su “libertad de pensamiento” y hasta se atreven a criticar al Maestro: pero él los mira de lejos, y los mantendrá lejos de él en esta vida y los encerrará en el infierno en la venidera.

Versículo 7. *Si anduviere yo en medio de la angustia, tú me vivificarás.* Si ando en medio de ella ahora, o estaré andando en el futuro, no tengo razón para temer, porque Dios está conmigo, y me dará nueva vida. Estar pasando por alguna angustia es malo, pero es peor penetrar el centro de ese continente siniestro y andar en medio de él. Aun en ese caso el creyente progresa, porque camina; se mantiene a un paso silencioso, porque no hace más que caminar; y no le falta nada de compañía porque Dios está cerca para darle vida nueva. Es una circunstancia feliz que, aunque Dios esté ausente en cualquier otro momento, ha prometido estar con nosotros en nuestras horas de prueba: “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo”. Está en una condición favorecida aquel que puede usar con fiabilidad el lenguaje de David: “tú me vivificarás”. No se jactará de Dios en vano: él lo mantendrá vivo, y lo vivificará más que nunca. ¡Con cuánta frecuencia nos ha vivificado el Señor por medio de nuestros sufrimientos! ¿No son acaso los mejores medios para motivar la plenitud de energía de la vida santa que mora en nosotros? Si somos vivificados, no nos lamentamos de las aflicciones. Cuando Dios nos vivifica, las aflicciones no nos dañarán. *Contra la ira de mis enemigos extenderás tu mano, y me salvará tu diestra.* Esta es la realidad que vivificaría al desfalleciente David. Nuestros enemigos caen cuando el Señor acude a lidiar con ellos, se deshace fácilmente de los enemigos de su pueblo: con una mano los desbanda. Su ira pronto arrasa con la ira de ellos, su mano detiene la mano de ellos. Los adversarios pueden ser muchos, y maliciosos y poderosos; pero nuestro Defensor glorioso no tiene más que extender su brazo y los ejércitos de ellos desaparecen. El dulce cantor ensaya su garantía de salvación, y canta de ella al oído del Señor, dirigiéndose a él con este lenguaje que muestra su confianza en él. Será salvo: con destreza, decidida y divinamente; no duda de ello. La diestra de Dios no puede olvidar su astucia; Jerusalén es su mayor gozo, y él defenderá a sus propios escogidos.

Versículo 8. *Jehová cumplirá su propósito en mí.* Todos mis intereses están a salvo en las manos de Jehová. “La obra que la bondad comenzó, el brazo de su fuerza completará”. Dios se interesa por todo lo que interesa a sus siervos. Se ocupará de que ninguna de sus empresas preciosas deje de completarse; sus vidas, sus fuerzas, sus esperanzas, sus gracias, sus peregrinajes, cada uno y todos ellos se cumplirán. Jehová mismo se ocupará de ver que así sea, y por lo tanto, es totalmente seguro. *Tu misericordia, oh Jehová, es para siempre.* Tiene presente el refrán del salmo anterior, y lo repite como su propia convicción y su propio consuelo personal. La primera cláusula del versículo es la seguridad de la fe, y esta segunda alcanza la plena garantía de la

comprensión. La obra de Dios en nosotros permanecerá hasta su cumplimiento porque permanece en nosotros la misericordia de Dios. *No desampares la obra de tus manos.* Nuestra confianza no nos causa que vivamos sin oración, sino que nos anima a orar más. Como tenemos escrito en nuestro corazón que Dios cumplirá su obra en nosotros, y también vemos escrito en las Escrituras que su misericordia no cambia, con santa intensidad roguemos que no nos desampare. Si algo bueno hay en nosotros, es la obra de las propias manos de Dios: ¿La abandonará él? ¿Por qué ha obrado tanto en nosotros si después nos va a desamparar? Sería imposible. Aquel que ha hecho tanto por nosotros ciertamente perseverará con nosotros hasta el fin. Nuestra esperanza para la perseverancia final del creyente radica en la perseverancia final del Dios del creyente. Si el Señor comienza a construir, y no termina lo que empezó, eso no será para su honra. Anhelará la obra de sus manos, porque sabe lo que le ha costado, y no va a desechar un vaso al cual le ha dedicado tanto trabajo y destreza. Por lo tanto, lo alabamos de todo corazón, aun en la presencia de los que se apartan de su Santa Palabra, y establecen otro Dios y otro evangelio, que no tienen ninguna validez, pero aun así, algunos de ellos nos causan problemas.

Salmo 139

(Versículos seleccionados)

TEMA. *Uno de los himnos sagrados de más relieve. Canta la omnisciencia y omnipresencia de Dios, infiriendo por éstas el derrocamiento de los poderes del mal, porque el que ve y oye los actos y las palabras abominables de rebelión ciertamente los tratará de acuerdo con su justicia... Enciende tales rayos de esperanza que convierte a la noche en día. Este canto sagrado ilumina con luz clara hasta lo más profundo del océano, y advierte contra el ateísmo práctico que ignora la presencia de Dios, y por lo tanto causa el naufragio del alma.*

Versículo 1. *Oh Jehová, tú me has examinado y conocido.* Invoca a Jehová, al Dios omnisciente, adorándolo, y luego procede a adorarlo proclamando uno de sus atributos singulares. Si vamos a alabar a Dios correctamente tenemos que empezar por basar en él el tema de nuestra alabanza: “Oh Jehová, tú has”. Un dios falso no sabe nada de nosotros, pero Jehová, el Dios verdadero, nos comprende, conoce íntimamente nuestra persona, naturaleza y carácter. ¡Qué bueno para nosotros conocer al Dios que nos conoce a nosotros! El conocimiento divino es absolutamente total y escudriñador; es como si nos hubiera revisado, tal como las autoridades revisan a alguien en busca de contrabando, o como un ladrón desbarata todo en una casa para robar. Pero no dejemos que la figura salga disparada y nos lleve más allá de lo que tiene el propósito de hacer: el Señor sabe todas las cosas naturalmente, es en él algo innato, no requiere ningún esfuerzo de su

parte. Escudriñar implica comúnmente cierta ignorancia que desaparece por la observación; por supuesto, este no es el caso con el Señor. Pero el significado del salmista es que el Señor nos conoce perfectamente como si nos hubiera examinado minuciosamente, y hubiera hurgado en los rincones más secretos de nuestro ser. Este conocimiento infalible siempre ha existido: “Tú me has examinado”, lo cual sigue hasta hoy porque Dios no puede olvidar lo que una vez supo. Notemos cómo el salmista personaliza su doctrina: no dice “Oh Jehová, tú conoces todas las cosas”, sino “tú me has... conocido”. Es siempre sabio aplicar la verdad a nosotros mismos. ¡Qué maravilloso contraste entre el observador y el que es observado! ¡Jehová y yo! Esta conexión muy íntima existe, y en ello radica nuestra esperanza. Esté el lector quieto por un momento y trate de comprender los dos polos de esta afirmación: el Señor y el hombre, pobre e insignificante, y encontrará mucho qué admirar y de qué maravillarse.

Versículo 2. *Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme.* Me conoces a mí, y todo lo que procede de mí. Me observas cuando, en silencio, me siento, y notas cuando, resueltamente, me levanto. Observas mis acciones más comunes y casuales, mis movimientos más esenciales y más necesarios, y conoces los pensamientos interiores que los regulan. Sea que me incline en humilde auto renunciación, o enaltezca con orgullo, ves las acciones de mi mente al igual que las del cuerpo. Esta es una realidad para recordar cada momento: si nos sentamos para reflexionar, o levantamos para entrar en acción, Jehová nuestro Señor nos ve, conoce y entiende. *Has entendido desde lejos mis pensamientos.* Antes de yo tenerlos, el Señor ya los conoce y comprende. Aunque mis pensamientos sean invisibles, él los ha considerado, ha percibido su naturaleza, su origen, su rumbo, sus resultados. Nunca me juzga equivocadamente ni me interpreta mal: su mente imparcial comprende mis pensamientos más profundos. Aunque no le diera más que una mirada a mi corazón y lo viera como un meteoro lejano que surca el firmamento, con esa ojeada llega a conocer todo lo que tengo en mi alma, así de transparente es todo a su mirada penetrante.

Versículo 3. *Has escudriñado mi andar y mi reposo.* Mi andar y mi acostarme, mi correr y mi descansar están dentro del círculo de su observación. Me rodea como el aire rodea continuamente a todas las criaturas vivientes. Estoy encerrado dentro de las paredes de su ser; estoy cercado dentro de los límites de su conocimiento. Despierto o dormido me observa. Puedo dejar su senda, pero él nunca deja la mía, él no duerme ni pierde interés en lo que concierne a su criatura. El original significa no sólo rodear, sino también zarandear y tamizar. El señor juzga nuestra vida activa y nuestra vida quieta. Distingue entre nuestra acción y nuestro reposo, y marca en ellos lo que es bueno y también lo que es malo. Hay cizaña en todo nuestro trigo, y el Señor los separa con precisión infalible. *Y todos mis caminos te son conocidos.* Está familiarizado con todo lo que hago, no lo puedo esconder de él, ni sorprenderle ni ser mal interpretado por él. Nuestro andar puede ser habitual o accidental, público o secreto, pero el Altísimo a todos los conoce muy bien. Esto tiene que maravillarnos, de modo que no pequemos; darnos valentía, para que no temamos; brindarnos alegría, para que no estemos tristes.

Versículo 4. *Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.* La palabra todavía no formada, pero que está dentro de nosotros como semilla en la tierra, ya es conocida totalmente por el Gran Escudriñador de los corazones. El salmista usa una expresión negativa para dar más fuerza a una afirmación positiva: “no está la palabra en mi lengua” es una manera de decir que conoce bien cada palabra. El conocimiento divino es perfecto, ya que no hay ni una palabra que él no sepa, no, ni siquiera la palabra no dicha, y cada una está incluida en “toda”, o sea que todas le son conocidas en su totalidad. ¿Qué esperanza de ocultación puede haber cuando las palabras tras las cuales muchos ocultan sus pensamientos son en sí transparentes delante del Señor? ¡Oh Jehová, cuán grande eres! ¡Si tu ojo tiene tal poder, cómo será la fuerza unida de toda tu naturaleza!

Versículo 5. *Detrás y delante me rodeaste.* Estamos rodeados por el Señor como si hubiéramos caído en una emboscada, o hubiéramos sido apresados por un ejército que ha tomado la ciudad y asedia a sus habitantes. Dios nos ha puesto donde estamos y nos rodea dondequiera que estemos. Detrás nuestro está Dios registrando nuestros pecados, o en su gracia borrando todo recuerdo de ellos; y delante nuestro está Dios sabiendo de antemano nuestras acciones y satisfaciendo todas nuestras necesidades. No podemos dar media vuelta y escaparnos de él, porque está detrás; no podemos avanzar y dejarlo atrás, porque está al frente. No sólo nos ve, sino que nos sitia y por si creemos que hay manera de escapar, o imaginamos que la presencia que nos rodea está lejos, agrega: *Y sobre mí pusiste tu mano.* El prisionero marcha rodeado de una guardia y sujetado por un oficial. Dios está muy cerca, estamos totalmente en su poder; de ese poder no hay escapatoria. No dice que Dios pondrá su mano sobre nosotros y luego nos arrestará, pero eso ya es un hecho: “me rodeaste”. Podríamos alterar la figura y decir que nuestro Padre celestial nos ha rodeado con sus brazos y acariciado con su mano. Esto es así con los que, por fe, son hijos del Altísimo.

Versículo 6. *Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí.* No puedo comprenderlo. Casi no aguanto pensar en eso. El tema me abrume. Estoy maravillado y consternado. Tal conocimiento no sólo sobrepasa lo que puedo entender, sino aun lo que puedo imaginarme. Es alto, no lo puedo alcanzar. Por más que escale, esta verdad es demasiado alta para mi mente. Parece estar siempre fuera de mi alcance, aun cuando me remonto a las regiones más elevadas del pensamiento espiritual. ¿No sucede lo mismo con cada atributo de Dios? ¿Podemos alcanzar a tener una idea de su poder, su sabiduría, su santidad? Nuestra mente no tiene una medida con la cual medir lo Infinito. ¿Por eso cuestionamos? Digamos, más bien, que por eso creemos y adoramos. No nos sorprende que el conocimiento del Dios glorioso supere todo el conocimiento que podríamos obtener: tiene que ser así, ya que somos pobres seres limitados, y aun cuando nos paramos de punta de pies no podemos alcanzar ni el primer escalón del trono del Eterno.

Versículo 7. El tema aquí es la omnipresencia, una verdad a la que naturalmente le sigue la omnisciencia. *¿Adónde me iré de tu espíritu?* No es que el salmista deseaba alejarse de Dios, o evitar el poder de la vida divina. Más bien hace esta pregunta para establecer el hecho de que nadie puede escapar del Ser que está por todas partes y del ojo

observador del Gran Espíritu Invisible. Observe cómo el escritor personaliza el tema “¿Adónde me iré?”. Sería prudente que todos aplicáramos esta verdad a nuestras propias situaciones. Sería sabio que cada uno dijera: El espíritu del Señor está siempre a mi alrededor: Jehová para mí es omnipresente. ¿Adónde me esconderé de tu presencia? Si, lleno de temor, me apresuro a escapar de la cercanía de Dios que ha llegado a ser mi terror, ¿hacia dónde iré? “¿Adónde?”, “¿Adónde?”. Repite su clamor. No le llega ninguna respuesta. La respuesta a su primer “¿Adónde?” es su eco, un segundo “¿Adónde?”. De la vista de Dios no es posible esconderse, pero eso no es todo. De la presencia inmediata, real y constante presencia de Dios es imposible retirarnos. Debemos estar, lo deseemos o no, tan cerca de Dios como nuestra alma lo está de nuestro cuerpo. Esto es un gran impedimento para el pecado, pues ofendemos al Altísimo delante de él y cometemos actos de traición en la misma presencia de su trono. Alejarnos o huir de él no podemos. Ya sea que viajemos premeditada o apresuradamente, no podremos retirarnos de la Deidad que siempre nos rodea. Su mente está en nuestra mente; él está dentro de nosotros. Su espíritu está encima de nuestro espíritu; nuestra presencia está siempre en su presencia.

Versículo 8. *Si subiere a los cielos, allí estás tú.* Llenando la región más elevada con su aún más elevada presencia, Jehová está en el lugar celestial, en su hogar, sentado en su trono. El ascenso, si fuera posible, sería infructuoso si el propósito es escapar. De hecho sería como volar al centro del fuego a fin de evitar el calor. Allí sería encarado inmediatamente por la terrible personalidad de Dios. Fíjense en las palabras abruptas: “ALLÍ TÚ”. *Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.* Si descendemos a las profundidades más hondas que podamos imaginar, allí encontraremos al Señor. ¡TÚ!, dice el salmista, como si estuviera consciente de que Dios es la gran Existencia en todos los lugares. Cualquiera cosa que el Hades sea, o quien sea que esté allí, una cosa es segura: Tú, oh Jehová, estás allí. Dos regiones, una de gloria y la otra de tinieblas, han sido presentadas en contraste, y este hecho en particular es afirmado en ambos: “Tú estás allí”. Ya sea que nos levantemos o nos acostemos, tomemos vuelo o hagamos nuestro estrado, encontraremos a Dios cerca de nosotros. Un “he aquí” se añade a la segunda frase, ya que parece ser más una sorpresa encontrarse con Dios en el infierno que en el cielo, en Hades que en el Paraíso. Por supuesto que la presencia de Dios produce efectos muy diferentes en esos lugares, pero indudablemente está en cada uno. Para dicha en uno, para terror en el otro. Qué pensamiento más aterrador, que algunos hombres están resueltos a hacer su morada nocturna en el infierno, una noche que no verá la mañana. ↪